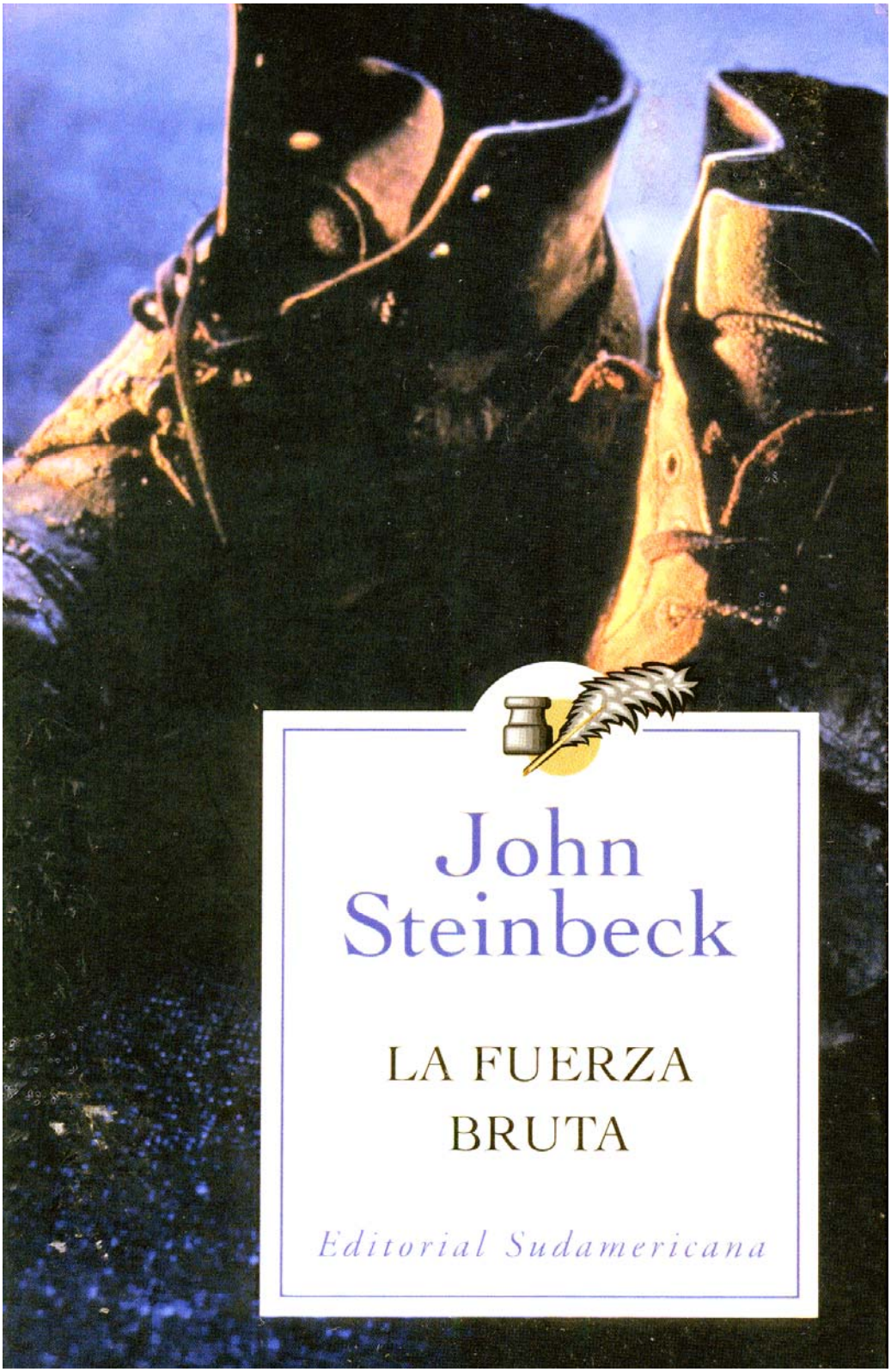
LA FUERZA BRUTA

JOHN STEINBECK



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I

Unas millas al sur de Soledad, el Río Salinas se ahonda junto al margen de la ladera y fluye profundo y verde. Es tibia el agua, porque se ha deslizado chispeante sobre la arena amarilla y al calor del sol antes de llegar a la angosta laguna. A un lado del río, las doradas cuestas de la ladera se van curvando y trepando hasta las montañas Gabilán, fuertes y rocosas, pero del lado del valle el agua está bordeada por árboles: sauces frescos y verdes con cada primavera, que en las junturas más bajas de sus hojas muestran los rezagos de la crecida invernal: y sicomoros de troncos veteados, blancos, recostados, y ramas que se arquean sobre el estanque. En la arenosa orilla, bajo los árboles, yacen espesas las hojas, y tan quebradizas, que las lagartijas hacen un ruido como un chisporroteo si corren entre ellas. Los conejos salen del matorral para sentarse en la arena, al atardecer, y los húmedos bajíos están cubiertos por las huellas nocturnas de los coatíes, y por los manchones donde se han revolcado los perros de los ranchos, y por las marcas como cunas partidas dejadas por los ciervos que llegan a abrevar en la oscuridad.

Hay un sendero a través de los sauces y entre los sicomoros; un sendero de piso endurecido por el paso de los niños que vienen de los ranchos a nadar en la profunda laguna, y por el de los vagabundos que a la noche llegan cansados desde la carretera a levantar campamento cerca del agua. Frente al bajo tronco horizontal de un sicomoro gigante, se alza una pilada de cenizas, resto de muchos fuegos; el tronco está pulido por los hombres que se han sentado en él.

El atardecer de un día cálido puso en movimiento una leve brisa entre las hojas. La sombra trepó por las colinas hacia la cumbre. Sobre la orilla de arena, los conejos estaban sentados, quietos como grises piedras esculpidas. Y de pronto, desde la carretera estadual, llegó el sonido de pasos sobre frágiles hojas de sicomoro. Los conejos corrieron sin ruido a ocultarse. Una zancuda garza se remontó trabajosamente en el aire y aleteó aguas abajo. Por un momento estuvo sin vida el lugar, y luego dos hombres emergieron del sendero y asomaron en la abertura junto a la laguna.

Habían caminado en fila por el sendero, y aun en el claro uno quedó atrás del otro. Los dos vestían pantalones de estameña y chaquetas del mismo género con botones de bronce. Los dos usaban sombreros negros, informes, y los dos llevaban prietos hatillos envueltos en mantas y echados al hombro. El primer hombre era pequeño y rápido, moreno de cara, con ojos inquietos y facciones agudas, fuertes. Todas sus partes estaban definidas: manos pequeñas y fuertes, brazos delgados, nariz fina y huesuda. Detrás de él marchaba todo lo opuesto: un hombre enorme, de cara sin forma, ojos grandes, pálidos, hombros amplios, curvados; y caminaba pesadamente, arrastrando un poco los pies, tal como un oso arrastra las patas. No se balanceaban sus brazos a los lados, sino que pendían sueltos.

El primer hombre se detuvo de pronto en el claro, y el que le seguía casi tropezó con él. El más pequeño se quitó el sombrero y enjugó el tafilete con el índice y sacudió la humedad. Su enorme compañero dejó caer sus mantas y se arrojó de bruces y bebió de la superficie de la verde laguna; bebió a largos tragos, resoplando en el agua como un caballo. El hombre pequeño se puso nerviosamente a su lado.

-¡Lennie! -exclamó vivamente-. Lennie, por Dios, no bebas tanto.

Lennie siguió resoplando en la laguna. El hombre pequeño se inclinó y lo sacudió por un hombro.

-Lennie. Te vas a enfermar como anoche.

Lennie hundió toda la cabeza en el agua, sombrero y todo, y luego se sentó en la orilla, y el agua de su sombrero chorreó por la chaqueta azul, y por la espalda.

-Está buena -afirmó-. Bebe algo, George. Echa unos buenos tragos.

Sonrió entonces, lleno de felicidad.

George desató su hatillo y lo posó suavemente en la orilla.

-No estoy seguro de que esté buena -dijo-. Parece un poco sucia.

Lennie metió una manaza en el agua y agitó los dedos de manera que el agua se elevó en un chapoteo; se ensancharon los círculos a través de la laguna hasta llegar a la orilla y volver de nuevo. Lennie miró el movimiento. -Mira, George. Mira lo que hice.

George se arrodilló junto al agua y bebió de una mano ahuecada, con rápidos movimientos.

-El sabor es bueno -admitió-. Pero no parece que corriera. Nunca deberías beber agua que no corre, Lennie -agregó sin esperanzas-. Pero tú beberías de una cuneta, cuando tienes sed.

Se echó agua, con la mano, en la cara y la extendió con la palma, bajo la mandíbula y en torno al cuello, sobre todo en la nuca. Luego se volvió a calar el sombrero, se retiró del río, alzó las rodillas y las rodeó con los brazos. Lennie, que lo había estado mirando, lo imitó exactamente. Se sentó hacia atrás, alzó las rodillas, las rodeó con los brazos, miró a George para ver si lo había hecho bien. Tiró el ala del sombrero un poco más sobre los ojos, tal como George tenía el sombrero.

George miraba malhumorado hacia el agua. Tenía los párpados enrojecidos por el resplandor del sol.

-Bien podíamos haber seguido hasta el rancho -dijo con ira- si ese perro del ómnibus hubiese sabido lo que decía. "Apenas un trecho por la carretera", dice. "Apenas un trecho." ¡Casi cuatro millas! ¡Ése era el trecho, infierno! No quería parar en la puerta del rancho, eso es lo que pasa. Demasiado perezoso el condenado para acercarse hasta allá. No sé si parará en Soledad siquiera. Nos echa

del ómnibus y dice: "Apenas un trecho por la carretera". Apuesto a que eran más de cuatro millas. ¡Qué calor! Lennie le dirigió una tímida mirada.

-¿George?

-Síií. ¿Qué quieres? -¿Dónde vamos, George?

El hombrecito se tironeó el ala del sombrero y miró a Lennie con el ceño fruncido.

-¿Así que ya te olvidaste, eh? ¿Te lo tengo que decir otra vez, verdad? ¡Jesús! ¡Eres un idiota!

-Me olvidé -dijo Lennie suavemente-. Traté de no olvidarme. Lo juro por Dios, George.

-Bueno, bueno. Te lo diré otra vez. No tengo nada que hacer. Tanto vale que pierda el tiempo diciéndote las cosas para que las olvides, y volviéndolas a decir.

-Quise y quise no olvidarme -se excusó Lennie- pero no pude. Me acuerdo de los conejos, George. -¡Al diablo con los conejos! Eso es todo lo que puedes recordar, los conejos. ¡Bueno! Ahora me escuchas y la próxima vez tienes que recordarlo, para no vernos en apuros. ¿Recuerdas cuando nos sentamos en aquella alcantarilla de la calle Howard y miramos aquel pizarrón?

La cara de Lennie se quebró en una encantada sonrisa.

-Pero claro, George, de eso me acuerdo... pero... ¿qué hicimos después? Recuerdo que pasaron unas chicas y tú dijiste... dijiste...

-Diablo con lo que dije. ¿Recuerdas que fuimos a lo de Murray y Ready, y nos dieron tarjetas de trabajo y boletos para el ómnibus?

-Ah, claro, George. Ahora me acuerdo.

Puso rápidamente la mano en los bolsillos del saco, y agregó suavemente:

-George... Ya no tengo la tarjeta. Debe haberse perdido.

Miró al suelo, lleno de desesperanza.

-No la tenías, imbécil. Yo tengo las dos aquí. ¿Crees que te iba a dejar que llevaras tu tarjeta de trabajo? Lennie sonrió, aliviado.

-Yo... yo creía que la había pues'-) en el bolsillo. Y su mano fue otra vez al bolsillo.

-¿Qué has sacado de ese bolsillo? -preguntó George, mirándolo fijamente.

-No tengo nada en el bolsillo -contestó Lennie astutamente.

-Ya sé que no tienes nada. Lo tienes en la mano. ¿Qué estás escondiendo en la mano?

-No tengo nada, George. De veras. -Vamos, dame eso.

Lennie estiró el brazo para alejar su mano de George.

-No es más que un ratón, George.

-¿Un ratón? ¿Vivo?

-Ahá. Un ratón muerto, George. Yo no lo maté. ¡De veras! Lo encontré. Lo encontré muerto.

-¡Dámelo!

-Oh, déjame que lo tenga, George. -¡Dámelo!

La mano cerrada obedeció lentamente. George tomó el ratón y lo arrojó, por sobre la laguna, a la otra orilla, entre los matorrales.

-¿Para qué quieres un ratón muerto, eh?

-Me gusta acariciarlo con el pulgar mientras caminamos -explicó Lennie.

-Bueno, no vas a acariciar ratones mientras caminas conmigo. ¿Recuerdas adónde vamos, ahora?

Lennie tuvo una mirada de asombro y luego, avergonzado, ocultó la cara contra las rodillas.

-Me olvidé otra vez.

-Dios mío -dijo George resignadamente-. Bueno... mira: vamos a trabajar en un rancho como aquel donde estuvimos en el norte.

-¿El norte?

-En Weed.

-Ah, claro. Ya recuerdo. En Weed.

-Este rancho adonde vamos queda muy cerca. Iremos a ver al patrón. Ahora, fíjate. Yo le daré las tarjetas de empleo, pero tú no dirás ni una palabra. Te quedas quieto y no dices nada. Si descubre lo imbécil que eres, no nos

va a dar trabajo, pero si te ve trabajar antes de oírte hablar, estamos bien. ¿Entendiste?

-Claro, George. Claro que entendí.

-Bien. Ahora, cuando vayamos a ver al patrón, ¿qué vas a hacer?

-Yo... yo -empezó Lennie pensativo. Su rostro quedó tenso de tanto pensar-. Yo... no voy a decir nada. Me quedo allí parado, sin decir nada.

-¡Eso es! Ahora, repite eso dos, tres veces para estar seguro de no olvidarlo.

Lennie canturreó suavemente:

-No voy a decir nada... no voy a decir nada... no voy a decir nada.

-Bueno -interrumpió George-. Y tampoco vas a hacer disparates como en Weed.

-¿Como en Weed? -preguntó extrañado Lennie.

-Ah, de modo que también te has olvidado, ¿verdad? Bueno. No te voy a hacer recordar, para que no lo hagas de nuevo.

Una luz de comprensión asomó en el rostro de Lennie...

-Nos echaron de Weed -estalló triunfalmente. -No nos echaron, qué diablos -dijo George con rabia-. Nosotros fuimos los que corrimos. Nos buscaban, pero no nos encontraron.

Lennie soltó una risita feliz.

-De eso no me olvido.

George se tendió de espalda en la arena y cruzó las manos bajo la nuca, y Lennie lo imitó, pero levantando la cabeza para comprobar si lo hacía bien.

-Dios, mira que das trabajo -se quejó George-. ¡Lo pasaría yo tan bien y tan tranquilo si no te tuviera pegado a los talones! Podría vivir tan bien... hasta tener una mujer, quizá.

Por un momento Lennie yació quieto, y de pronto dijo lleno de esperanza:

-Vamos a trabajar en un rancho, George.

-Bueno. Ya entendiste eso. Pero vamos a dormir aquí porque tengo mis razones para eso.

Se iba rápidamente el día. Sólo las cimas de los montes

Gabilán llameaban con la luz del sol, que ya había desaparecido del valle. Una culebra de agua se deslizó por la laguna, alta la cabeza como un periscopio diminuto. Las cañas se movían con pequeñas sacudidas en la corriente. Muy lejos, hacia la carretera, un hombre gritó algo, y otro hombre gritó la respuesta. Las hojas de sicomoro susurraron en una ráfaga de viento que murió inmediatamente.

-George... ¿Por qué no vamos al rancho y comemos algo? En el rancho hay comida.

George se recostó de lado.

-No te voy a decir por qué. Me gusta estar aquí. Mañana vamos a ir a trabajar. He visto máquinas trilladoras mientras veníamos. Eso quiere decir que vamos a cargar bolsas de cereales, reventando las tripas. Esta noche me voy a quedar tendido aquí mirando al cielo. Esto es lo que me gusta.

Lennie se puso de rodillas y miró a George.

-¿No vamos a comer?

-Claro que sí, siempre que juntes algunas ramas secas. Tengo tres latas de frijoles en mi atado. Prepara el fuego. Te voy a dar un fósforo cuando juntes las ramas. Entonces calentaremos los frijoles y comeremos.

-Me gustan los frijoles con salsa de tomates -dijo Lennie.

-Bueno, pero no tenemos tomates. Ve a buscar leña. Y no te entretengas, porque muy pronto será de noche. Lennie se puso torpemente de pie y desapareció en el matorral. George permaneció donde estaba, silbando suavemente. Se oyó un ruido de chapaleo en el río, hacia el lado por donde había ido Lennie. George dejó de silbar y escuchó.

-¡Pobre bestia! -susurró con dulzura, y siguió silbando.

Al cabo de un momento, Lennie volvió ruidosamente por entre las matas. Tenía en la mano una ramita de sauce. George se sentó en seguida.

-Bueno -dijo bruscamente-. ¡Dame ese ratón! Pero Lennie forjó una cuidadosa pantomima de inocencia.

-¿Qué ratón, George? No tengo ningún ratón. George extendió la mano.

-Vamos. Dámelo. No me vas a engañar.

Lennie vaciló, retrocedió un paso, miró azorado hacia los matorrales como si pensara huir en busca de libertad. George insistió fríamente:

-¿Me vas a entregar ese ratón, o tengo que darte un puñetazo?

-¿Entregarte qué, George?

-Bien sabes qué, diablos. Quiero ese ratón.

Lennie metió de mala gana la mano en el bolsillo. Su voz se quebró al decir:

-No sé por qué no he de poder guardarlo. Este ratón no es de nadie. Yo no lo robé, Lo encontré tendido junto al camino.

La mano de George siguió imperiosamente tendida. Con lentitud, como un perrito que no quiere entregar la pelota a su amo, Lennie se acercó, se echó atrás, se acercó otra vez. George castañeteó los dedos, y al oír este sonido Lennie puso el ratón en la palma de su amigo,

-No hacía nada malo, George. Lo estaba acariciando, nada más.

George se puso de pie y arrojó el ratón cuan lejos pudo en los matorrales ya oscurecidos, y entonces se acercó al agua y se lavó las manos.

-Idiota. ¿Creíste que no iba a ver que tenías los pies mojados por haber cruzado el río para buscarlo?

Oyó el lastimero sollozo de Lennie y giró en redondo.

-¡Lloriqueando como una nena! ¡Jesús! Tremendo grandulón.

Temblaron los labios de Lennie, y en sus ojos aparecieron unas lágrimas. George puso una mano sobre el hombro de Lennie.

-No te lo quito por hacerte mal. Ese ratón se estaba pudriendo, Lennie; y además, lo habías roto de tanto acariciarlo. Cuando consigas otro ratón más fresco, te lo dejaré un tiempo.

Lennie se sentó en el suelo y dejó caer la cabeza, desconsolado.

-No sé dónde habrá otro ratón. Recuerdo que una señora me daba ratones... todos los que conseguía. Pero esa señora no está aquí.

-¿Señora, eh? -se burló George-. Ni siquiera te acuerdas de quién era esa señora. Era tu tía Clara. Y ella misma dejó de darte ratones. Siempre los matabas.

Lennie alzó tristemente la vista.

-Eran tan chicos -dijo, disculpándose-. Yo los acariciaba, y en seguida me mordían los dedos, y yo les apretaba un poco la cabeza, y entonces se morían... porque eran tan chicos. Me gustaría tener pronto esos conejos, George. No son tan chicos.

-¡Al diablo los conejos! Y no se te pueden confiar ratones vivos. Tu tía Clara te dio un ratón de goma y no quisiste saber nada.

-No servía para acariciarlo -explicó Lennie.

La llama de la puesta de sol se elevó desde la cumbre de las montañas y el crepúsculo entró en el valle, y una semioscuridad cundió entre los sauces y los sicomoros. Una carpa enorme subió a la superficie de la laguna, tragó aire y luego se hundió misteriosamente otra vez en el agua oscura, dejando unos círculos que se ensanchaban en la laguna. Más arriba, las hojas susurraron de nuevo, y unos mechones de algodón cayeron suavemente a descansar en la superficie del agua.

-¿Vas a buscar esa leña? -preguntó George-. Hay mucha ahí, contra ese sicomoro. Es leña de la creciente. A buscarla, vamos.

Lennie fue detrás del árbol y trajo un manojo de hojas y ramitas secas. Las arrojó en montón sobre la pilada de cenizas y volvió a buscar más y más. Era ya casi de noche. Las alas de una paloma silbaron sobre el agua. George caminó hasta la pila de

leña y encendió las hojas secas. La llamarada crepitó entre las ramitas y se puso a su obra. George deshizo su hatillo y sacó tres latas de frijoles. Las colocó en torno al fuego, cerca de la llama, pero sin que las tocara.

-Hay bastante para cuatro -afirmó. Lennie lo miraba por encima del fuego.

-Me gustan con salsa de tomates -dijo pacientemente.

-Bueno, pero no tenemos -explotó George-. Cuando no tenemos una cosa, eso es lo que quieres. ¡Dios del cielo! Si yo estuviera solo, viviría tan bien... Me conseguiría un empleo y trabajaría sin tropiezos... Nada de sustos... Y cuando llegara el fin de mes podría cobrar mis cincuenta dólares y podría ir a la ciudad y comprar lo que quisiera. ¡Qué, si podría estar toda la noche en un burdel! Podría comer donde se me antojara, en un hotel o en cualquier parte, y pedir todo lo que me gustara. Y todos, todos los meses sería lo mismo. Me compraría tres litros de whisky, o me pasaría la noche jugando a las cartas o a los dados.

Lennie se arrodilló y por encima del fuego miró al enfurecido George.

-Y en cambio, ¿que hago? -siguió George con rabia-. ¡Te tengo a ti! No puedes conservar un empleo, y me haces perder todos los trabajos que me dan. No haces más que obligarme a recorrer el país entero. Y eso no es lo peor. Te metes en líos. Haces barrabasadas y yo tengo que salvarte.

Se alzó su voz hasta ser casi un grito.

-Imbécil, hijo de perra... Me tienes siempre en ascuas. Asumió George los modales primorosos de las niñas cuando se mofan unas de otras.

-Sólo quería tocar el vestido de esa chica -imitó-. Quería acariciarlo como a los ratones...

-Sí, pero ¿cómo diablos iba a saber ella que no querías más que eso? Da la pobre un tirón, y tú sigues agarrándola como si fuera un ratón. Grita, y nos tenemos que esconder en una zanja todo el día mientras nos buscan, y tenemos que escaparnos en la oscuridad y salir de allí escondidos. Y siempre igual, siempre. Desearía poder meterte en una jaula con un millón de ratones para que te divirtieras.

La ira lo abandonó súbitamente. Miró a través del fuego la angustiada cara de Lennie, y entonces bajó los ojos avergonzados hacia las llamas.

Era muy oscuro ya, pero el fuego iluminaba los troncos

de los árboles y las curvas ramas más arriba. Lennie se arrastró lentamente, con cautela, en torno a la hoguera, hasta que estuvo junto a George. Se sentó entonces sobre los talones. George hizo girar las latas de frijoles para que el fuego les diera del otro lado. Fingió no haber advertido que Lennie estaba tan cerca de él.

-George -muy suavemente. No hubo respuesta.

-¡George!

-¿Qué quieres?

-Estaba bromeando, George. No quiero salsa de tomates. No comería salsa de tomates aunque la tuviera aquí al lado.

-Si la tuviéramos podrías comer algo.

-Pero no la comería, George. Te la dejaría toda a ti. Podrías tapar tus frijoles con salsa, y yo no la tocaría siquiera.

George seguía mirando empecinadamente el fuego.

-Cuando pienso lo bien que lo pasaría sin ti, me vuelvo loco. No me dejas en paz nunca.

Lennie seguía arrodillado. Miró a lo lejos, a la oscuridad allende el río.

-George, ¿quieres que me vaya y te deje solo?

-¿Dónde diablos ibas a ir?

-Bueno... Podría irme a esas montañas. En algún sitio encontraría una cueva.

-¿Sí, eh? ¿Qué ibas a comer? No tienes sesos ni para buscar qué comer.

-Algo encontraría. George. No necesito buena comida con salsa de tomates. Me tendería al sol y nadie me haría daño. Y si encontrara un ratón podría guardarlo. Nadie me lo quitaría.

George lo miró rápida, inquisitivamente.

-¿He sido malo contigo, eh?

-Si no me quieres, puedo irme a las montañas y encontrar una cueva. Puedo marcharme en seguida.

-No... ¡mira! Sólo hablaba en broma. Lennie. Porque yo quiero que estés conmigo. Lo malo de los ratones es que siempre los matas. -Hizo una pausa.- Oye lo que te digo, Lennie. En cuanto tenga una oportunidad te regalaré un perrito. Tal vez no lo mates. Sería mejor que los ratones. Y podrías acariciarlo con más fuerza.

Lennie eludió el cebo. Había intuido su ventaja.

-Si no quieres estar conmigo, no tienes más que decirlo, y en seguida me marcho a las montañas, a esas de allá... subo a las montañas y vivo solo. Y nadie me robará los ratones.

-Quiero que te quedes conmigo, Lennie -dijo George-. Jesús, lo más fácil es que te mataran como a un coyote, si vivieras solo. No, te quedas conmigo. Tu tía Clara no querría que anduvieras solo... aunque esté muerta.

-Dime -habló mañosamente Lennie-, dime... como me decías antes.

-¿Que te diga qué?

-De los conejos. George replicó bruscamente:

-No me vas a engañar.

-Vamos, George -rogó Lennie-. Dime. Por favor, George. Como me dijiste antes.

-¿Te gusta mucho, eh? Bueno: te lo diré, y después comeremos...

Se hizo más profunda la voz de George. Recitó las palabras rítmicamente, como si las hubiera dicho muchas veces ya.

-Los hombres como nosotros, que trabajan en los ranchos, son los tipos más solitarios del mundo. No tienen familia. No son de ningún lugar. Llegan a un rancho y trabajan hasta que tienen un poco de dinero, y después van a la ciudad y hacen volar el dinero, y no les queda más remedio que ir a molerse los huesos en otro rancho. No tienen nada que esperar en el futuro.

Lennie estaba encantado.

-Eso es... eso es. Ahora, cómo somos nosotros. George prosiguió:

-Con nosotros no pasa así. Tenemos un porvenir. Tenemos alguien a quien hablar, alguien que piensa en nosotros. No tenemos que sentarnos en un café haciendo volar el dinero sólo porque no hay otro lugar adonde ir. Si esos otros tipos caen en la cárcel, pueden pudrirse allí porque a nadie le importa. Pero nosotros, no.

-¡Pero nosotros no! -interrumpió Lennie-. Y ¿por qué? Porque... porque yo te tengo a ti para cuidarme, y tú me tienes a mí para cuidarte, por eso. -Soltó una carcajada de placer.- ¡Sigue ahora, George!

-Lo sabes de memoria. Puedes decirlo solo.

-No, tú. Yo me olvido de algunas cosas. Cuenta cómo va a ser.

-Bueno. Algún día... vamos a juntar dinero y vamos a tener una casita y un par de cuadras de tierra y una vaca y unos cerdos y...

-Y viviremos como príncipes -gritó Lennie-. Y tendremos conejos. ¡Vamos, George! Cuenta lo que vamos a tener en la huerta y habla de los conejos en las jaulas

y de la lluvia en el invierno y la estufa, y de la crema tan espesa en la leche que apenas la podremos cortar. Cuéntame todo, George.

-¿Por qué no lo dices tú? Lo sabes todo.

-No... dilo tú. No es lo mismo si hablo yo. Vamos... George. Cómo me vas a dejar que cuide los conejos.

-Bueno. Vamos a tener una buena huerta y una conejera y gallinas. Y cuando lleguen las lluvias en el invierno, no diremos más que "al diablo con el trabajo", y haremos un buen fuego en la estufa y nos sentaremos y oiremos la lluvia en el techo... ¡Pavadas! -Sacó un cuchillo del bolsillo.- No tengo tiempo para hablar más.

Metió el cuchillo por la tapa de una de las latas de frijoles, la cortó y pasó la lata a Lennie. Luego abrió una segunda lata. De otro bolsillo sacó dos cucharas y pasó una a Lennie.

Se sentaron junto al fuego y se llenaron la boca con frijoles y masticaron poderosamente. Unos pocos frijoles se escaparon por un lado de la boca de Lennie. George señaló con la cuchara.

-¿Qué vas a decir mañana cuando el patrón te pregunte algo?

Lennie dejó de masticar y tragó con fuerza. Se concentró su cara.

-Yo... yo no voy... a decir una palabra.

-¡Lindo! ¡Eso es. Lennie! Tal vez estés mejorando. Cuando tengamos ese par de cuadras te dejaré cuidar los conejos, ya verás. Especialmente si recuerdas todo como ahora. Lennie se atragantó de orgullo.

-Claro que recuerdo -afirmó. George señaló otra vez con la cuchara.

-Oye, Lennie. Quiero que mires bien dónde estamos. ¿Podrás acordarte de este sitio, verdad? El rancho queda a unas cuatro cuadras para allá. Hay que seguir el río.

-Seguro -admitió Lennie-. De eso puedo acordarme. ¿No recordaré que no tengo que decir una palabra?

-Claro que sí. Bueno, oye, Lennie... Si llegas a verte en aprietos, como siempre te ocurre, quiero que vengas aquí y te escondas en el matorral.

-Que me esconda en el matorral -repitió Lennie lentamente.

-Sí, que te escondas en el matorral hasta que venga yo. ¿Te acordarás de eso?

-Claro que sí, George. Esconderme en el matorral hasta que llegues.

-Pero no te vas a meter en ningún lío, porque entonces no te, dejaré cuidar los conejos.

Arrojó George la lata vacía a las malezas.

-No me voy a meter en líos, George. No voy a decir una palabra.

-Bueno. Trae tu atado junto al fuego. Va a ser lindo dormir aquí. Mirando al cielo, y a las hojas. No hagas más llamas. Deja que se vayan apagando.

Hicieron sus lechos en la arena, y al disminuir la llamarada de la hoguera se hizo más pequeña la esfera de luz: las curvadas ramas desaparecieron, y sólo se vio un leve resplandor sobre los troncos de los árboles. Desde la oscuridad llamó Lennie:

-George... ¿estás dormido?

-No. ¿Qué quieres?

-Vamos a tener conejos de distinto color, George. -Claro que sí -asintió George somnoliento-. Conejos rojos y azules y verdes, Lennie. Millones de conejos.

-Conejos muy peludos, George, como los que vi en la feria de Sacramento.

-Claro, bien peludos.

-Porque lo mismo podría marcharme yo, George, y vivir en una cueva.

-Lo mismo podrías irte al diablo -dijo George-. Cállate ya.

La luz roja se extinguió en las brasas. Desde la colina al otro lado del río aulló un coyote y un perro respondió desde lejos. Las hojas de sicomoro susurraron en la apagada brisa de la noche.

CAPÍTULO II

La casa de los peones era un largo edificio rectangular. Por dentro, las paredes estaban blanqueadas con cal y el piso no tenía pintura. En tres paredes había pequeñas ventanas cuadradas, y en la cuarta una sólida puerta con cerrojo de madera. Contra las paredes se alineaban ocho camastros, cinco de ellos hechos ya con mantas y los otros tres con sus fundas de arpillera al aire. Sobre cada camastro estaba clavado un cajón de manzanas con la abertura hacia adelante de manera que formaba dos estantes para guardar efectos personales del ocupante de la litera. Y esos estantes se hallaban llenos de pequeños artículos, jabón y polvo de talco, navajas y esas revistas del oeste que suelen leer los trabajadores de los ranchos, de las que se mofan y en las que creen en secreto. Y también remedios, y frasquitos, peines: y de los clavos a los lados de los cajones pendían unas pocas corbatas. Cerca de una pared había una negra estufa de hierro fundido, cuya chimenea subía rectamente a través del techo.

En el medio de la estancia se levantaba una gran mesa cuadrada cubierta de naipes, y a su alrededor se agrupaban cajones para que se sentaran los jugadores.

A eso de las diez de la mañana el sol ponía una brillante barra cargada de polvo a través de una de las ventanas laterales, y las moscas entraban y salían del rayo de luz como estrellas errantes.

Se alzó el cerrojo de madera. Se abrió la puerta y entró un anciano alto, cargado de hombros. Vestía ordinaria ropa azul y portaba en la mano izquierda una gran escoba, Detrás de él entró George, y detrás de George, Lennie.

-El patrón los esperaba anoche -dijo el viejo-. Se enojó como el diablo cuando no los vio esta mañana para ir a trabajar.

Señaló con el brazo derecho, y de la manga surgió una muñeca redonda como un palo, pero sin mano.

-Pueden ocupar esas dos camas de allí -agregó, indicando dos camastros cerca de la estufa.

George se acercó a un camastro y arrojó sus mantas en la arpillera de una bolsa de paja, que formaba el colchón. Miró el cajón de sus estantes y recogió de dentro una latita amarilla.

-¡Eh! ¿Qué diablos es esto?

-No sé -contestó el viejo.

-Aquí dice "mata positivamente piojos, cucarachas y otros insectos". Linda clase de camas nos dan, ¿verdad? No queremos bichitos de éstos.

El viejo peón movió la escoba y la sostuvo entre el codo y el cuerpo, mientras extendía la mano para tomar la lata. Estudió cuidadosamente la etiqueta.

-Le diré qué pasa -pronunció por fin-. El último que tuvo esta cama era un herrero... un hombre muy bueno, y el tipo más limpio que se pueda conocer. Solía lavarse las manos hasta después de comer.

-Entonces, ¿cómo tenía piojos?

-George iba mostrando gradualmente su ira. Lennie puso su atado en el camastro vecino y se sentó. Miraba a George con la boca abierta.

-Le diré -anunció el viejo-. Este herrero, un tal Whitey, era de esos que ponen veneno aun cuando no haya bichos, para estar seguros, ¿sabe? Le digo que en las comidas pelaba las papas hervidas y les quitaba todos los puntitos, hasta los más chicos, antes de comerlas. Y si le daban un huevo con una mancha roja, la quitaba. Por fin se fue, por la comida. Era un tipo así... limpio. Los domingos se vestía todo, aunque no fuera a ninguna parte: hasta se ponía corbata y después se quedaba sentado aquí.

-No me convence mucho -dijo George con escepticismo-. ¿Por qué dice que se fue?

El viejo puso la lata amarilla en un bolsillo y se frotó las ásperas canas de la barba con los nudillos.

-Pues... el hombre... se fue, no más, como todos. Dijo que era por la comida. Pero lo único que quería era irse. No dio más razones: la comida, nada más. Una noche dijo "págueme", y ya está, se fue, como hacen muchos.

George levantó la arpillera del camastro y miró por debajo. Se inclinó para inspeccionar de cerca la bolsa. Inmediatamente Lennie se levantó e hizo lo mismo con su cama. Por fin George pareció satisfecho. Deshizo su atado y puso cosas en el estante, navaja y barra de jabón, peine y frasco de píldoras, linimento y muñequera de cuero. Luego hizo la cama, limpiamente, con sus mantas.

-Creo que el patrón vendrá pronto -reinició el viejo-. Se enojó mucho cuando no los vio esta mañana. Se metió aquí mientras estábamos tomando el desayuno y le oímos: "¿Dónde diablos están esos peones nuevos?" Y le armó una buena al peón del establo, también.

George alisó de una palmada una arruga de la cama y se sentó.

-¿Al peón del establo? -preguntó.

-Claro. Es que el peón del establo es un negro.

-¿Negro, eh?

-Sí. Un buen tipo. Tiene la espalda torcida porque un caballo lo coceó. El patrón se las hace pasar buenas cuando se enoja. Pero al peón del establo no le importa nada. Lee mucho. Tiene libros en su pieza.

-¿Qué clase de tipo es el patrón? -preguntó George. -Bueno... Bastante bueno. Se enoja mucho a veces, pero no es malo. Le diré... ¿Sabe qué hizo para Navidad? Trae una damajuana de whisky y dice: "Beban bien, muchachos. Sólo hay Navidad una vez al año".

-¡Al diablo! ¿Una damajuana entera?

-Sí, señor. ¡Dios: cómo nos divertimos! Aquella noche dejaron que el negro entrara aquí. Un mulero que había, un tal Smitty, se peleó con el negro. No lo hizo mal, tampoco. Los muchachos no le dejaban emplear los pies, y por eso el negro le ganó. Smitty aseguró que si le dejaban usar los pies podía matar al negro. Los muchachos dijeron que

como el negro tiene la espalda rota. Smitty no debía usar los pies. -Hizo una pausa para acariciar el recuerdo. Después de eso, los muchachos fueron a Soledad y armaron una buena. Yo no fui. Ya no me da el cuerpo.

Lennie estaba terminando de hacer su cama. El cerrojo de madera se alzó otra vez y la puerta se abrió. Un hombrecillo recio apareció por la puerta. Vestía pantalones azules de grueso algodón, camisa de franela, chaleco negro, desabrochado, y saco negro. Tenía los pulgares metidos bajo el cinturón, uno a cada lado de una cuadrada hebilla de acero. En la cabeza llevaba un sucio Stetson pardo, y calzaba botas de altos tacos con espuelas para demostrar que no era un hombre de trabajo.

El viejo de la escoba lo miró rápidamente y luego fue arrastrando los pies hacia la puerta, mientras con los nudillos se frotaba la barba.

-Acaban de llegar esos dos -afirmó, y arrastrando los pies pasó junto al patrón y se marchó por la puerta. El patrón entró en la estancia con los pasos breves, rápidos, del hombre de piernas cortas.

-Escribí a Murray y Ready que necesitaba dos hombres para esta mañana. ¿Tienen las tarjetas de empleo? George metió la mano en el bolsillo y sacó las tarjetas y las entregó al patrón.

-Murray y Ready -prosiguió el patrón- no tienen la culpa. Bien claro dice aquí que tenían que venir a trabajar esta mañana.

George se miró los pies.

-El hombre del ómnibus nos jugó una mala pasada -explicó-. Tuvimos que caminar diez millas. Dijo que ya estábamos junto al rancho, y no estábamos. No pudimos conseguir quien nos trajera esta mañana.

El patrón entrecerró los ojos.

-Bueno, tuve que mandar las cuadrillas con dos hombres menos. De nada vale que vayan ahora: hay que esperar a la comida.

Sacó del bolsillo la libreta en que apuntaba las horas de trabajo y la abrió por donde había un lápiz metido entre las hojas. George miró significativamente con el ceño

fruncido a Lennie, y Lennie asintió con la cabeza para mostrar que comprendía. El patrón humedeció con la lengua la punta del lápiz.

-¿Cómo se llama usted?

-George Milton.

-¿Y usted?

-Se llama Lennie Small -dijo George. Los nombres quedaron inscritos en el libro. -Vamos a ver; hoy es veinte, el veinte a mediodía. Cerró la libreta.

-¿Dónde han estado trabajando últimamente?

-Cerca de Weed -respondió George.

-¿Usted también? -a Lennie.

-Sí, él también -se adelantó George.

El patrón señaló con un dedo juguetón hacia Lennie.

-¿No es muy hablador, eh?

-No, no mucho, pero la verdad es que sirve para trabajar. Fuerte como un toro.

Lennie sonrió como para sus adentros.

-Fuerte como un toro -repitió.

George lo miró con enojo, y Lennie bajó la cara avergonzado de haberse olvidado. El patrón exclamó inesperadamente:

-¡Oiga, Small!

Lennie levantó la cabeza. -¿Qué es lo que sabe hacer?

Lleno de pánico, Lennie miró a George para que lo ayudara.

-Sabe hacer todo lo que le digan -explicó George-. Sabe manejar bien un tronco de mulas. Puede cargar bolsas, manejar una cosechadora. Puede hacer de todo. Póngalo a prueba.

El patrón se volvió a George.

-Entonces, ¿por qué no deja que él me conteste? ¿Me quieren engañar, acaso?

George interrumpió con voz muy alta.

-¡Oh! No digo que es inteligente. No lo es. Pero digo que para trabajar no hay quien le gane. Es capaz de cargar un fardo de doscientos kilos.

El patrón metió despaciosamente la libreta en el bolsillo. Enganchó los pulgares en el cinturón y guiñó un ojo hasta cerrarlo casi.

-Oiga... ¿Qué va usted en esto?

-¿Eh?

-Digo ¿qué es lo que gana con este tipo? ¿Le quita el sueldo?

-No, claro que no. ¿Por qué pregunta eso?

-Bueno, nunca he visto a un hombre preocuparse tanto por otro. Me gustaría saber qué interés tiene usted en esto, nada más.

George repuso:

-Es... es primo mío. Le dije a la madre que lo cuidaría. Cuando era niño, un caballo le coceó la cabeza. Pero no tiene nada. Lo único... que no es muy vivo. Pero sabe hacer todo lo que se le diga.

El patrón se volvió a medias para marcharse.

-Bueno: Dios sabe que no necesita mucho seso para cargar bolsas de cebada. Pero no trate de engañarme, Milton. Me voy a fijar en todo lo que hace. ¿Por qué salieron de Weed?

-Se concluyó el trabajo -contestó George rápidamente.

-¿Qué trabajo era?

-Estaban... estábamos cavando una zanja.

-Bien. Pero no trate de engañarme, porque no va a ir a ningún lado. Ya he conocido muchos pillos. Después de comer salgan con las cuadrillas de peones. Están cargando cebada junto a la trilladora. Vayan con la cuadrilla de Slim.

-¿Slim?

-Sí. Un tronquero alto. grande. Ya lo verán en la comida.

Se volvió de repente y marchó hacia la puerta. pero antes de salir se dio vuelta otra vez y miró durante un rato a los dos hombres.

Cuando se hubo apagado el sonido de sus pasos, George se dirigió hacia Lennie.

-Así que no ibas a decir una palabra. Ibas a tener bien cerrada esa tremenda boca y me ibas a dejar hablar. Bien cerca estuvimos de perder el trabajo.

Lennie se miró desventuradamente las manos.

-Me olvidé, George.

-Sí, te olvidaste. Siempre te olvidas, y yo tengo que sacarte del enredo. -Se sentó pesadamente en el camastro.- Ahora nos va a vigilar siempre. Tienes que guardarte bien de hacer disparates. Después de esto, vas a tener bien cerrada la boca.

Luego quedó en un malhumorado silencio.

-George.

-¿Qué te pasa ahora?

-Ningún caballo me coceó en la cabeza, ¿verdad, George?

-Más valdría que así hubiera sido -dijo George malvadamente-. Nos hubiéramos salvado de muchos malos ratos.

-Dijiste que yo era primo tuyo, George.

-Bueno, es mentira. Y me alegro de que sea mentira. Si yo fuera pariente tuyo me pegaría un tiro.

Se interrumpió de pronto, se acercó a la puerta abierta y espió hacia afuera.

-Oiga, ¿qué diablos está escuchando ahí?

El anciano entró lentamente en la pieza. Tenía la escoba en la mano. Y a sus talones caminaba penosamente un perro ovejero, de hocico gris, y pálidos, ciegos ojos viejos. El perro renqueó hacia un costado de la pieza y se tendió, gruñendo

suavemente para sus adentros y lamiéndose la piel enmarañada, comida por la sarna. El barrendero lo siguió mirando hasta que estuvo bien acostado.

-No escuchaba nada. No hacía más que pararme a la sombra para rascar al perro. Acabo de barrer el lavadero.

-No, estaba oyendo lo que decíamos -insistió George-. No me gustan los curiosos.

El anciano miró con incomodidad a George y a Lennie y otra vez a George.

-Acababa de llegar -explicó-. No oí nada de lo que decían. No me interesa nada de lo que decían. En un rancha no se escucha lo que dicen los demás, ni se hacen preguntas.

-Claro que no -dijo George, algo apaciguado-. El que lo hace no dura mucho.

Pero ya estaba tranquilizado por la defensa del barrendero.

-Entre y siéntese un minuto -invitó-. Ese perro es más viejo que el diablo.

-Sí. Lo tengo desde que era cachorro. Dios, era un buen ovejero cuando joven.

Apoyó la escoba contra la pared y se frotó con los nudillos la mejilla erizada de canas.

-¿Qué le pareció el patrón? -preguntó.

-Bastante bien. Parece buen tipo.

-Es un buen tipo -convino el viejo-. Hay que saberlo llevar.

En ese momento entró en el galpón de los peones un hombre joven: un hombre joven y flaco, de cara tostada, ojos pardos y la cabeza llena de apretados rizos. En la mano izquierda llevaba puesto un guante de trabajo y, como el patrón, calzaba botas de altos tacos.

-¿Han visto a mi viejo? -preguntó.

-Estuvo aquí hace un momento, Curley -repuso el barrendero-. Fue para la cocina, creo.

-Veré si lo alcanzo -dijo Curley. Sus ojos recorrieron a los dos hombres nuevos y se detuvo. Miró fríamente a George y luego a Lennie. Sus brazos se doblaron gradualmente en los codos y sus manos se cerraron en dos puños. Se le atiesó el cuerpo y asumió una actitud casi agazapada. Sus ojos eran a la vez calculadores y belicosos, Lennie se retorció bajo esa mirada y movió nerviosamente los pies. Curley se le acercó con paso cauteloso.

-¿Ustedes son los peones que esperaba el viejo?

-Acabamos de llegar -aseguró George.

-Deje que hable el grandote.

Lennie se encogió, incómodo, y George dijo:

-¿Y si no quiere hablar?

Curley giró el cuerpo como un latigazo.

-Por Dios, tiene que hablar cuando se le habla. ¿Para qué se mete usted?

-Viajamos juntos -contestó George fríamente.

-Ah, ¿conque es así?

George estaba tenso, inmóvil.

-Sí, es así.

Lennie miraba desconsolado a George para que lo instruyera.

-¿Y no quiere dejar hablar al grandote, verdad?

-Puede hablar, si le quiere decir algo. -Levemente, con un movimiento de cabeza, dio permiso a Lennie.

-Acabamos de llegar-se hizo eco Lennie, suavemente. Curley lo miró con fijeza.

-Bueno. La próxima vez me contesta cuando le hablo.

Se volvió hacia la puerta y se marchó, aún un poco doblados los codos.

George lo miró alejarse, y luego se volvió al barrendero.

-Oiga, ¿qué diablos tiene este tipo? Lennie no le hizo nada.

El anciano miró cautelosamente a la puerta para asegurarse de que nadie lo escuchaba.

-Es el hijo del patrón -contestó quedamente-. Es bastante peleador. Ha boxeado bastante. Es un peso liviano, y bastante peleador.

-Bueno, que sea peleador -admitió George- pero no tiene por qué meterse con Lennie. Lennie no le hizo nada. ¿Qué tenia contra Lennie?

El barrendero ponderó.

-Bueno... le diré. Curley es como muchos de estos hombres chicos. Odia a los grandotes. No hace más que buscar pendencia a los grandotes. Como si se enojara con ellos porque él no es grande. Usted habrá conocido tipos así, ¿verdad? Siempre buscando pendencia.

-Claro -repuso George-. He visto muchos. Pero este Curley haría bien en no meterse con Lennie. Lennie no es peleador, pero ese imbécil de Curley va a sentirlo mucho si se mete con Lennie.

-Bueno, Curley es muy peleador -repitió escépticamente el barrendero-. Nunca me pareció justo. Supongamos que Curley se pelea con un grandote y le da una paliza. Todo el mundo dice que Curley es muy valiente. Y supongamos que vuelve a hacer lo mismo y el grandote le da una paliza. Entonces todo el mundo dice que el grandote debía pelearse con alguien de su tamaño, y tal vez se le van todos encima. Nunca me pareció bien. Es como si Curley llevara siempre las de ganar.

George estaba vigilando la puerta. Con el tono de quien formula un presagio, expresó:

-Bueno, que se guarde de Lennie. Lennie no es un boxeador, pero es fuerte y rápido y no conoce leyes.

Se acercó a la mesa cuadrada y se sentó en uno de los cajones. Juntó algunos naipes y los barajó.

El viejo se sentó en otro cajón.

-No le vaya a decir a Curley nada de esto. Me mataría. A él no le importa nada. Nunca le van a pegar, porque el padre es el patrón.

George cortó el mazo de naipes y empezó a dar vuelta las cartas mirando cada una y arrojándola después en una pila.

-Este Curley -opinó- parece un buen hijo de perra. No me gustan los hombrecitos malos.

-Me parece que últimamente se ha puesto peor -reinició el barrendero-. Se casó hace un par de semanas. La mujer vive en la casa del patrón. Parece que Curley es más gallito desde que se casó.

-Tal vez querrá lucirse ante su mujer.

El barrendero tomó el gusto a sus chismes.

-¿Vio ese guante que tenía en la mano izquierda?

-Sí, lo vi.

-Bueno, ese guante está lleno de vaselina.

-¿Vaselina? ¿Para qué?

-Bueno, le diré... Curley dice que quiere tener esa mano suave para su mujer.

George estudió las cartas como absorto en ellas.

-Es una vergüenza que ande diciendo esas cosas -pronunció.

El viejo quedó tranquilo. Había obtenido de George una declaración derogatoria. Se sintió seguro ahora, y habló con mayor confianza.

-Espere hasta que conozca a la mujer.

George cortó una y otra vez los naipes, y tendió un solitario, lentamente, con cuidado.

-¿Linda? -preguntó como al pasar.

-Sí. Linda... pero...

George estudió sus naipes.

-Pero, ¿qué?

-Bueno... anda buscando.

-¿Sí? ¿Dos semanas de casada y anda buscando? Tal vez sea por eso que Curley está tan inquieto.

-Yo la he visto buscar a Slim. Slim es un tronquero. Muy buen tipo. Slim no necesita botas de tacos altos para manejar mulas. Yo la he visto buscar a Slim. Curley no lo sabe. Y la he visto buscar a Carlson.

George fingió falta de interés.

El barrendero se incorporó de su asiento.

-¿Sabe qué creo? -George no respondió.- Bueno, creo que Curley se ha casado con una... una cualquiera.

-No es el primero -comentó George-. Muchos se han visto en las mismas.

El anciano se movió hacia la puerta, y su pobre perro levantó la cabeza y espió a su rededor, y por fin se puso dolorosamente de pie para seguir al amo.

-Tengo que poner las palanganas para que se laven los muchachos. Las cuadrillas volverán dentro de poco. ¿Ustedes van a cargar cebada?

-Sí.

-¿No le contará a Curley nada de lo que he dicho?

-No, qué diablos.

-Bueno. Mírela bien, señor, cuando la encuentre. Ya verá si no es lo que yo digo.

El viejo cruzó la puerta hacia el sol brillante.

George tendió las cartas pensativamente, dio vueltas a sus pilas de tres naipes. Puso cuatro barajas de bastos sobre el as. El cuadrado de sol estaba ya en el piso, y a través de él latigueaban las moscas como chispas. Un sonido de

tintineantes arneses y el crujido de ejes muy cargados llegaron desde afuera. De la distancia se oyó un claro llamado.

-¡Peón del establooo! ¡Peóooon! -Y luego:- ¿Dónde diablos está ese condenado de negro?

George observó las perspectivas de su solitario, y luego juntó las cartas y se volvió a Lennie. Lennie estaba tendido en su camastro, mirándolo.

-¡Oye, Lennie! Esto no me gusta. Tengo miedo. Te vas a ver en un lío con ese Curley. He conocido a otros como él. Te estuvo sondeando. Ahora se cree que le tienes miedo, y en cuanto se le presente el momento te va a dar un puñetazo.

Lennie, atemorizados los ojos, se quejó:

-No quiero líos. No le dejes que me pegue, George. George se levantó, fue hasta el camastro de Lennie y se sentó.

-Me indignan esos tipos. He visto a muchos como él. Ya dijo bien el viejo: Curley no lleva nunca las de perder. Siempre gana. -Pensó un momento.- Si se mete contigo, Lennie, nos meterán en la cárcel. Puedes estar seguro. Es el hijo del patrón. Escucha, Lennie. Trata siempre de estar lejos de él, ¿oyes? No le hables nunca. Si se mete aquí, te vas al otro lado de la pieza. ¿Harás lo que te digo, Lennie?

-No quiero líos -se lamentó Lennie-. Yo no le hice nada.

-Bueno, pero de nada te vale eso si Curley quiere hacerse el boxeador. Tienes que evitar que se meta contigo. ¿Te vas a acordar?

-Claro, George. No voy a decir una palabra.

Ahora era más fuerte el ruido de las cuadrillas que se acercaban: pisoteo de grandes cascos en suelo duro, rechinar de frenos y tintineo de cadenas de tiro. Los hombres se llamaban uno al otro desde sus carros. George, sentado en el camastro junto a Lennie, frunció el ceño al pensar. Este preguntó tímidamente:

-¿No estás enojado, George?

-No estoy enojado contigo, no. Estoy enojado por ese perro de Curley. Esperaba que podríamos juntar un poco de dinero... tal vez cien dólares. -Se hizo incisivo su tono.- Tienes que estar siempre lejos de Curley, Lennie.

-Claro que sí, George. No voy a decir nada.

-No pelees, aunque te provoque... pero... si ese hijo de perra te da un puñetazo... contéstale.

-¿Contéstale qué, George?

-Nada. No te preocupes. Ya te lo diré. Me dan rabia esos tipos así. Escucha, Lennie: si te metes en un lío, ¿recuerdas lo que te dije que hicieras?

Lennie se incorporó apoyado en un codo. Su cara se contorsionó por el esfuerzo de pensar.

-Si me meto en un lío, no me dejarás que cuide los conejos...

-No es eso lo que digo. ¿Recuerdas dónde dormimos anoche? ¿Junto al río?

-Sí. Me acuerdo. ¡Claro que me acuerdo! Tengo que ir allí y esconderme en el matorral.

-Quédate escondido hasta que llegue yo. No dejes que te vean. Ocúltate en el matorral junto al río. Ahora, repítelo.

-Me escondo en el matorral junto al río, en el matorral junto al río.

-Si te metes en un lío.

-Si me meto en un lío. Afuera chilló un freno de carro. Llegó un llamado: -¡Peón de establoooo! ¡Eh! ¡Peóooon!

George dijo:

-Repítelo para adentro, Lennie, hasta que no lo olvides.

Los dos hombres alzaron la vista, porque se había cortado el rectángulo de sol en la puerta. Estaba allí, de pie, una moza, mirando hacia adentro. De labios llenos, pintados, y ojos muy separados, y muy compuestos. Tenía las uñas rojas. El cabello le colgaba en rizos largos, como salchichas. Llevaba un vestido de entrecasa, de algodón, y chinelas rojas, en cuyo empeine lucían ramilletes de rojas plumas de avestruz.

-Estoy buscando a Curley -dijo. Su voz tenía una cualidad nasal, quebradiza.

George retiró la vista de la mujer, y luego volvió a mirarla.

-Estuvo aquí hace un minuto, pero se fue.

-¡Oh!

Puso las manos detrás de la espalda y se apoyó contra el marco de la puerta de modo que las formas de su cuerpo quedaron reveladas a través de la ropa.

-¿Ustedes son los dos nuevos que acaban de llegar, no es cierto?

-Sí.

Los ojos de Lennie recorrieron el cuerpo de la mujer y aunque ella parecía no advertirlo se irguió un poco. Mientras se miraba las uñas, explicó.

-A veces Curley está aquí dentro.

-Bueno, pero ahora no está -interrumpió George bruscamente.

-Si no está, creo que será mejor buscarlo en otra parte -se expresó juguetona la mujer.

Lennie la miraba, fascinado. George dijo:

-Si lo veo, le haré saber que usted lo andaba buscando. Sonrió ella sutilmente y dobló el cuerpo.

-Nadie se va a enojar porque lo busquen -se le ocurrió. Hubo detrás de ella unos pasos que seguían de largo. La mujer volvió la cabeza.

Slim -saludó.

La voz de Slim llegó desde afuera.

-Hola, buena moza.

-Estoy buscando a Curley, Slim.

-Sí, pero no lo busca con mucha gana. Acabo de verlo entrar en su casa.

La mujer pareció aprensiva de pronto.

-Hasta luego, muchachos -saludó hacia el interior del galpón, y se alejó de prisa.

George volvió la mirada hacia Lennie.

-Jesús, qué pieza -comentó-. Así que eso es lo que buscó Curley como mujer.

-Es linda -abogó Lennie.

-Sí, y ella no lo sabe. Curley va a tener un buen trabajo. Apuesto a que ella lo dejaría plantado por veinte dólares.

Lennie seguía mirando la puerta donde había estado la mujer.

-¡Dios, era linda!

Sonrió admirado. George lo miró rápidamente, y luego lo tomó de una oreja y lo sacudió.

-Oye lo que te digo, imbécil -reclamó con fuerza-. No vayas a mirar siquiera a esa perra. No me importa lo que diga o lo que haga ella. Las he conocido peligrosas, pero jamás he visto veneno como ésta. Es un cebo para la cárcel. Déjala tranquila.

Lennie trató de librar su oreja.

-Yo no hice nada, George.

-No, nada. Pero cuando estaba ahí en la puerta mostrando las piernas, tú no mirabas para otro lado, ¿eh?

-No quise hacer mal, George. De veras.

-Bueno, guárdate de ella, porque es una señal de peligro. Deja que Curley se las entienda solo. El mismo se tragó el anzuelo. Guante lleno de vaselina-agregó George asqueado-. Y apostaría a que come huevos crudos y pide tónicos por carta.

Lennie exclamó de pronto:

-No me gusta este lugar, George. No es un buen sitio. Quiero irme de aquí.

-Tenemos que aguantar hasta que consigamos el dinero. No lo podemos remediar, Lennie. Nos iremos tan pronto como podamos. Tampoco a mí me gusta esto. -Volvió a la mesa y tendió un nuevo comienzo de solitario.

-No -insistió-. No me gusta. Ahora mismo me iría. Si podemos juntar apenas unos dólares, nos iremos al Río Americano a recoger oro. Allí podremos juntar un par de dólares por día, y quizás encontrar un depósito de pepitas.

Lennie se inclinó ansiosamente hacia él.

-Vamos, George. Salgamos de aquí. Este sitio no es bueno.

-Tenemos que quedarnos -afirmó George bruscamente-. Cállate ahora. Están por entrar.

Del lavadero cercano llegaba el ruido de agua y de recipientes en movimiento. George estudió sus cartas.

-Tal vez tendríamos que lavarnos -dijo-. Pero no hemos hecho nada que ensucie.

Un hombre alto apareció por la puerta. Tenía un Stetson aplastado bajo el brazo, mientras se peinaba hacia atrás el cabello largo, negro, húmedo. Como los demás, vestía pantalones azules y una chaqueta corta de estameña. Cuando hubo terminado de peinarse entró en la estancia, y se movió con una majestad que sólo logran la realeza y los maestros artífices. Era un tronquero de mulas, el príncipe del rancho, capaz de conducir diez, dieciséis, aun veinte mulas con una sola rienda hasta las delanteras. Era capaz de matar una mosca posada en el anca de la mula de varas sin tocarle la piel. Había una gravedad en sus maneras y una quietud tan profunda, que toda charla se detenía cuando él hablaba. Tan grande era su autoridad, que se aceptaba su palabra como definitiva sobre cualquier tema, fuera de política o de amor. Éste era Slim, el tronquero de mulas. Su cara enjuta no tenía edad. Podría contar treinta y cinco o cincuenta años. Su oído escuchaba más de lo que se le decía, y su lenta palabra tenía tonos ocultos, no de pensamiento sino de una comprensión allende el pensamiento. Sus manos, grandes y flacas, eran en su acción tan delicadas como las de una danzarina de templo.

Alisó el aplastado sombrero, le hizo un surco en el medio y se lo puso. Miró bondadosamente a los dos hombres que había en el cuarto.

-Hace más luz que el diablo ahí afuera -dijo suavemente-. Apenas puedo ver ahora. ¿Ustedes son los nuevos?

-Acabamos de llegar -contestó George. -¿Van a cargar cebada?

-Eso es lo que dice el patrón.

Slim se sentó en un cajón frente a la mesa, al otro lado de George. Estudió el solitario, a pesar de que las cartas estaban para él al revés.

-Espero que vaya en mi cuadrilla -reinició. Su voz

era muy suave-. Tengo en la cuadrilla un par de idiotas que no distinguen una bolsa de cebada de una planta de cardo. ¿Ustedes han cargado cebada alguna vez?

-Uuuf, sí -asintió George-. Yo no puedo cacarear mucho, pero ese grandote puede cargar más cereal él solo que cualquier par de hombres.

Lennie, que había seguido la conversación de uno a otro hombre con los ojos, sonrió complacido por la lisonja. Slim miró con aprobación a George por haber hecho la lisonja. Se inclinó sobre la mesa e hizo chasquear la punta de un naipe suelto.

-¿Ustedes dos viajan juntos? -Era amistoso su tono. Invitaba a la confidencia, sin exigirla.

-Claro -repuso George-. Nos cuidamos uno al otro. -Indicó a Lennie con el pulgar.- Éste no es muy inteligente. Trabaja como un diablo, en cambio. Es un buen tipo, pero no tiene sesos. Hace tiempo que lo conozco.

Slim miró a George, a través de él, más allá de él. -No hay muchos hombres que viajan juntos -musitó-. No sé por qué. Quizá todos tienen miedo de todos los demás en este condenado mundo.

-Es mucho mejor viajar con un amigo -opinó George. Un hombre poderoso, de abultado abdomen, entró en la casa de los peones. Todavía le chorreaba de la cabeza el agua del lavado.

-Hola, Slim -saludó, y luego se detuvo y miró a George y Lennie.

-Estos dos acaban de llegar -expresó Slim a manera de presentación.

-Mucho gusto -dijo el hombre-. Carlson, para servirlo.

-Yo soy George Milton. Este otro es Lennie Small. -Mucho gusto -repitió Carlson-. Quería preguntarle, Slim... ¿cómo está la perra? Vi que no andaba con el carro esta mañana.

-Tuvo cría anoche -informó Slim-. Nueve cachorros. Ahogué cuatro en seguida. No podría criar tantos.

-¿Quedan cinco, eh?

-Sí, cinco. Le dejé los más grandes.

-¿Qué clase de perros van a ser?

-No sé -repuso Slim-. Una especie de ovejeros, supongo. Esos eran los que más vi por acá cuando la perra estaba alzada.

Carlson siguió:

-Cinco cachorros, ¿eh? ¿Los va a guardar todos?

-No sé. Tendré que dejarlos un tiempo para que mamen la leche de Lulú.

Carlson agregó pensativamente:

-Bueno, mire, Slim. He estado pensando. Ese perro de Candy está ya tan viejo que apenas puede caminar. Apesta como el diablo, además. Cada vez que entra aquí queda el olor por dos, tres días. ¿Por qué no hace que Candy mate a ese perro y le regala en cambio uno de los cachorros para que lo críe? Ese perro apesta todo el rancho. No le quedan dientes, está casi ciego, no puede comer. Candy le da leche. No puede masticar.

George había estado mirando fijamente a Slim. De pronto comenzó a repicar afuera un triángulo, lento al principio, y más y más rápido luego, hasta que el repiqueteo desapareció para ser un solo sonido continuo. Cesó tan de pronto como había comenzado.

-Ahí está -anunció Carlson.

Afuera hubo un estallido de voces, al pasar de largo un grupo de hombres.

Slim se incorporó lentamente y con dignidad.

-Harían bien en venir mientras queda algo que comer. No van a dejar nada dentro de un par de minutos. Carlson se hizo hacia atrás para dejar que Slim lo precediera, y entonces los dos salieron por la puerta. Lennie miraba a George lleno de excitación. George juntó sus naipes en un confuso montón.

-¡Sí! -dijo-. Ya oí, Lennie. Le pediré uno.

-Uno blanco y pardo -exclamó Lennie.

-Vamos. Tenemos que ir a comer. No sé sí tendrá uno de ese color.

Lennie no se movió de su camastro.

-Pídeselo en seguida, George, para que no mate más de los que quedan.

-Seguro. Vamos, ahora, ¡fuera de esa cama!

Lennie se deslizó de su camastro y se puso de pie, y los dos caminaron hacia la puerta. Cuando llegaban a ella, Curley apareció repentinamente.

-¿Han visto a una chica por aquí? -preguntó iracundo.

-Hace como media hora, tal vez -contestó George fríamente.

-¿Qué diablos estaba haciendo?

George permaneció quieto, vigilando al hombrecito iracundo. Por fin repuso, insultante:

-Dijo... que lo estaba buscando a usted.

Curley pareció ver por primera vez a George. Sus ojos relampaguearon sobre él, midiendo su estatura, el alcance de sus brazos, su busto recio.

-Bueno, ¿para qué lado fue? -inquirió al fin.

-No sé -respondió George-. No la miré cuando se iba.

Curley frunció el ceño, giró en redondo y se alejó presuroso.

-Sabes, Lennie -dijo George-. Tengo miedo de pelearme yo mismo con ese perro. Lo odio. ¡Jesucristo! Vamos. Ya no ha de quedar nada que comer.

Salieron. El sol trazaba una fina línea bajo la ventana. De la distancia llegaba un ruido de platos.

Al cabo de un momento el perro viejo entró renqueando por la puerta. Miró a su alrededor con ojos dulces, semiciegos. Husmeó, y luego se tendió y puso la cabeza entre las patas. Curley apareció otra vez por la puerta echando una mirada dentro del cuarto. El perro alzó la cabeza, pero cuando Curley se alejó, la enmarañada cabeza se hundió otra vez hasta el piso.

CAPÍTULO III

Aunque se veía el resplandor del atardecer por las ventanas del galpón de peones, adentro estaba oscuro. Por la puerta abierta llegaban los golpes sordos y los ocasionales tañidos de un juego de herraduras, y de vez en cuando el sonido de voces elevadas para aprobar o mofarse.

Slim y George entraron juntos en el cuarto a oscuras. Slim estiró un brazo sobre la mesa de los naipes y encendió la lamparilla eléctrica con pantalla de lata. Instantáneamente la mesa quedó brillante de luz, y el cono de la pantalla arrojó directamente hacia abajo su claridad, dejando aún a oscuras los rincones del cuarto. Slim se sentó en un cajón y George tomó el lugar opuesto.

-No es nada -dijo Slim-. De todos modos iba a ahogar a casi todos. No hay por qué darme las gracias. -Tal vez no sea mucho para usted -admitió George- pero para él es una gran cosa. Por Dios, no sé cómo vamos a conseguir que duerma aquí. Querrá ir a acostarse en el granero con los perros. Nos costará mucho impedir que se meta en el cajón con esos cachorros.

-No es nada -repitió Slim-. Oiga, la verdad es que usted tenía razón sobre ese hombre. Tal vez no sea inteligente, pero jamás he visto otro que trabajara como él. Por poco mata al compañero, de tanto cargar bolsas. No hay nadie que le pueda seguir el paso. Por Dios, nunca he visto otro tipo tan fuerte.

George habló orgullosamente:

-No hay más que decir a Lennie lo que debe hacer y lo hará, siempre que no tenga que pensar. No es capaz de pensar por su cuenta, pero sabe hacer lo que se le ordena.

Desde afuera llegó el tañido de una herradura sobre la estaca de hierro, y unas voces entusiastas.

Slim se hizo levemente hacia atrás para que no le diera la luz en la cara.

-Es raro cómo andan juntos usted y él. -Era una calmosa invitación a la confidencia.

-¿Qué tiene de raro? -preguntó George defensivamente.

-Oh, no sé. Casi todos viajan solos. Casi nunca he visto a dos hombres que viajen juntos. Ya sabe cómo son: aparecen en un rancho y les dan un camastro y trabajan un mes, y después se cansan y se van solos. Parece que nadie les importara. Por eso digo que es raro que un chiflado como él y un hombre tan vivo como usted anden juntos.

-No, no es chiflado -dijo George-. Es imbécil como un burro, pero no está loco. Y yo tampoco soy tan vivo, pues, de serlo, no estaría cargando cebada por cincuenta dólares y la comida. Si fuera inteligente, si fuera apenas un poquito vivo, tendría mi chacra, y estaría recogiendo mis cosechas, en lugar de hacer todo el trabajo y no poseer nada de lo que nace en la tierra.

George quedó en silencio. Quería hablar. Slim no lo alentaba ni lo desalentaba. Seguía sentado, echado hacia atrás, quieto y receptivo.

-No es tan raro que él y yo andemos juntos -reinició por fin-. Los dos nacimos en Auburn. Yo conocía a la tía Clara, la tía de Lennie, que lo recibió cuando era un chico y lo crió. Cuando murió la tía Clara, Lennie salió conmigo a trabajar. Con el tiempo nos acostumbramos uno al otro.

-Ummm -hizo Slim.

George dirigió la vista a Slim y vio fijos en él sus ojos tranquilos, ojos de Dios.

-Raro -siguió George-. Yo solía divertirme como el diablo a costa de él. Solía jugarle malas pasadas, porque era demasiado tonto para darse cuenta. Pero era tan tonto que ni siquiera sabía que le habían hecho una broma. Diablo, cómo me divertía. Junto a él me parecía que yo era el tipo más inteligente del mundo. Qué, si hacía cualquier cosa que yo le dijera. Si le decía que saltara a un abismo, al abismo se tiraba. Pero al poco tiempo ya no era tan divertido. Y nunca se enojaba conmigo. Le he pegado hasta cansarme, y él podía romperme todos los huesos del cuerpo con una sola mano, pero jamás alzó un dedo contra mí. -La voz de George iba tomando un tono de confesión.- Le contaré qué fue lo que me hizo cambiar. Un día estábamos con unos cuantos tipos junto al Río Sacramento. Yo creía ser muy vivo. Me dirijo a Lennie y le digo: "Salta al río". Y él se tiró. No sabía nadar ni una brazada. Estuvo a punto de ahogarse antes de que lo sacáramos del agua. ¡Y me estaba tan agradecido por haberlo salvado! Se olvidó de que era yo quien le había dicho que se tirara al agua. Bueno, desde entonces no he vuelto a hacer cosas así.

-Es un buen tipo -admitió Slim-. No se necesitan sesos para ser bueno. A veces me parece que es al contrario. Casi nunca un tipo muy vivo es un hombre bueno.

George reunió las cartas dispersas y comenzó a tender su solitario. Afuera, las herraduras golpeaban en la tierra dura. La luz del atardecer aún encendía las cuadradas ventanas.

-Yo no tengo familia -dijo George-. He visto a los peones que andan solos por los ranchos. Eso no está bien. No se divierten nada. Al tiempo se hacen ruines. Siempre queriendo pelear.

-Sí, se hacen ruines -convino Slim-. Tanto, que con el tiempo no quieren hablar con nadie.

-Claro que Lennie es casi siempre un estorbo, un pelmazo -prosiguió George-. Pero uno se acostumbra a andar con otro tipo y ya no lo puede dejar.

-No es malo -opinó Slim-. Bien se ve que Lennie no es nada malo.

-Claro que no es malo. Pero siempre está metiéndose en líos, porque es tan estúpido... Como le pasó en Weed... Se calló, detuvo la mano cuando había vuelto a medias una carta. Pareció alarmarse y miró fijamente a Slim.

-¿No se lo contará a nadie?

-¿Qué fue lo que hizo en Weed? -preguntó Slim calmosamente.

-¿No lo contará?... No, es claro que no lo va a contar.

-¿Qué fue lo que hizo en Weed? -preguntó otra vez Slim.

-Bueno, vio a aquella chica con un vestido rojo. Imbécil como es, quiere tocar todo lo que le gusta. Nada más que palparlo. Estira la mano, pues, para tocar ese

vestido, y la chica suelta un chillido, y Lennie se confunde todo, y sigue agarrando el vestido porque eso es lo único que puede pensar. Bueno, la chica grita y grita. Yo estaba cerca, y oí los chillidos, y voy corriendo, y para entonces Lennie tiene tal miedo que lo único que puede pensar es en no soltar a la chica. Le pegué en la cabeza con una varilla de alambrado para hacer que la soltara. Estaba tan asustado que no soltaba el vestido. Y es tan fuerte como el diablo, sabe.

Los ojos de Slim estaban fijos en George, sin parpadear. Asintió muy lentamente con la cabeza.

-¿Qué pasó entonces?

George construyó cuidadosamente la línea de cartas para su solitario.

-Bueno, la chica corre a decir a todos que han abusado de ella. Los hombres de Weed forman una partida para ir a linchar a Lennie. Entonces nos sentamos en una zanja de riego, bajo el agua, todo el resto del día. Apenas asomábamos la cabeza sobre el agua, escondidos bajo el pasto que crece al costado de la zanja. Y esa noche salimos disparando de allí.

Slim guardó silencio por un instante.

-¿No le hizo ningún daño a la chica, eh? -preguntó por fin.

-No, qué diablos. La asustó, nada más. Yo también me asustaría si me agarrara. Pero no le hizo daño. Sólo quería tocarle el vestido, así como le gusta acariciar a esos cachorros.

-No es malo -volvió a opinar Slim-. A una legua de distancia se ve que no es malo.

-Claro que no, y es capaz de hacer cualquier cosa que yo...

Lennie entró por la puerta. Llevaba su chaqueta de estameña azul puesta sobre los hombros como una capa, y caminaba con el cuerpo muy agobiado.

-Hola, Lennie -dijo George-. ¿Qué te parece ahora el cachorro?

Lennie susurró sin aliento:

-Es blanco y pardo, como yo quería.

Fue directamente al camastro y se tendió y volvió la cara hacia la pared y encogió las rodillas.

George puso despaciosamente las cartas sobre la mesa.

-Lennie -llamó con severidad.

Lennie dobló el cuello y miró por sobre el hombro.

-¿Eh? ¿Qué pasa, George?

-Te dije que no debías traer aquí ese cachorro.

-¿Qué cachorro, George? No tengo nada.

George fue velozmente hasta él, lo tomó del hombro y le hizo girar el cuerpo en el camastro. Se inclinó y recogió el cachorrito, que Lennie había estado ocultando contra el estómago.

Lennie se sentó rápidamente.

-Dámelo, George.

-Te levantas en seguida y llevas el cachorro con los demás -ordenó George-. Tiene que dormir con la madre. ¿Quieres matarlo? Acaba de nacer y ya lo quieres separar de la perra. Lo llevas de vuelta o le digo a Slim que no te lo deje tener.

Lennie extendió las manos suplicantes.

-Dámelo, George. Lo llevo en seguida. No quise hacer daño, George. Te juro que no. Sólo quería acariciarlo un poco.

George le entregó el cachorro.

-Está bien. Llévalo en seguida y no lo saques más. En cuanto te descuides lo vas a matar.

Lennie salió casi corriendo.

Slim no se había movido. Sus ojos tranquilos siguieron la marcha de Lennie.

-¡Jesús! -exclamó-. Es como un niño, ¿verdad? -Claro que es como un niño. Y no tiene nada de malo, como un niño, salvo que es tan fuerte. Apuesto a que no

viene esta noche a dormir aquí. Se va a quedar a dormir junto al cajón en el granero. Bueno... no importa. Allí no va a hacer daño.

Ya era casi oscuro afuera. El viejo Candy, el barrendero, entró y fue a su camastro, y detrás de él, trabajosamente, entró su viejo perro.

-Hola, Slim. Hola, George. ¿No juegan a las herraduras?

-No me gusta jugar todas las noches -repuso Slim.

-¿Alguno de ustedes tiene una gota de whisky? Me duele la barriga.

-Yo no tengo -contestó Slim-. Lo tomaría yo, si tuviera, y no me duele nada.

-A mí me duele mucho-se quejó Candy-. Esos condenados nabos me hicieron mal. Sabía que me iban a hacer mal, aun antes de comerlos.

Carlson, el de grueso cuerpo, llegó del patio que se estaba oscureciendo. Caminó hasta el otro extremo del cuarto y encendió la segunda lamparilla.

-Más oscuro que el infierno -comentó-. Por Dios, cómo ensarta herraduras ese negro.

-Juega muy bien -ponderó Slim.

-Ya lo creo -aprobó Carlson-. Nadie le puede ganar. Se detuvo y husmeó el aire y, aún husmeando, bajó la mirada hacia el perro.

-Dios del cielo, cómo apesta ese perro. ¡Sácalo de aquí, Candy! No hay nada que huela tanto como un perro viejo. Tienes que llevártelo.

Candy giró hasta el borde de su camastro. Tendió una mano hacia abajo y palmeó al perro; y luego pidió disculpas:

-Estoy tanto con él que no me doy cuenta de que apesta.

-Bueno, pero yo no lo aguanto -dijo Carlson-. Ese olor queda aquí después de haberse ido el perro. Caminó con sus pasos de piernas pesadas y miró de cerca al perro.

-No tiene dientes -prosiguió-. Está todo duro de reumatismo. No te sirve para nada, Candy. Y él sufre mucho. ¿Por qué no lo matas, Candy?

El viejo se retorció incómodamente.

-Bueno... ¡Diablos! Hace tanto que lo tengo... Lo tengo desde que era cachorro... Cuidaba ovejas con él. -Y agregó orgulloso:- Nadie lo creería al verlo ahora, pero este perro es el mejor ovejero que he visto.

-En Weed -interrumpió George- conocí a un hombre que cuidaba ovejas con un ratonero. Había aprendido a trabajar al ver a los otros perros.

Carlson no iba a dejar que lo alejaran del tema.

-Oye, Candy. Este perro no hace más que sufrir. Si lo llevaras afuera y le pegaras un tiro detrás de la cabeza -se inclinó y señaló-... aquí mismo, no iba a sentir nada. Candy miró a su alrededor lleno de infortunio.

-No -repuso en tono débil-. No sería capaz. Lo tengo desde hace tanto tiempo.

-Pero si no hace más que sufrir -insistió Carlson-. Y apesta como el infierno. Escucha lo que digo. Yo lo mataré. Entonces no serás tú quien lo haga.

Candy echó las piernas fuera del camastro. Se rascó nerviosamente los blancos pelos de la mejilla.

-Estoy tan acostumbrado a tenerlo conmigo -dijo suavemente-. Desde cachorro...

-Bueno, pero no le haces ningún favor con no matarlo -intervino de nuevo Carlson-. Oye, la perra de Slim acaba de tener cría. Apuesto a que Slim te daría uno de los cachorros, ¿verdad, Slim?

El tronquero había estudiado al viejo perro con sus ojos tranquilos.

-Sí -admitió-. Candy puede llevarse un cachorro, si quiere. -Pareció sacudirse para librarse de ideas y poder hablar.- Carlson tiene razón, Candy. Ese perro no hace más que sufrir. Yo desearía que alguien me pegara un tiro cuando llegase a ser viejo y tullido.

Candy lo miró con desesperanza, porque las opiniones de Slim eran ley.

-Tal vez le duela -sugirió-. No me importa seguir cuidándolo.

-Del modo como lo voy a matar, no sentirá nada. Le pondré la pistola aquí mismo -señaló con la punta del pie-. Bien detrás de la cabeza. Ni siquiera se moverá. Candy buscó ayuda de cara en cara. La oscuridad era ya total afuera. Un joven trabajador entró en el salón. Sus hombros agobiados estaban inclinados hacia adelante y caminaba pesadamente, sobre los talones, como si aún portara la invisible bolsa de cereal. Fue hasta su camastro y puso el sombrero sobre el estante. Luego sacó del mismo una revista ordinaria y la llevó hasta la luz, sobre la mesa.

-¿Le mostré esto, Slim? -preguntó.

-¿Qué?

El mozo abrió la revista en una de las últimas hojas, la puso sobre la mesa y señaló con el dedo.

-Aquí, lea esto.

Slim se inclinó sobre la mesa.

-Vamos -dijo el mozo-. Lea fuerte.

-"Señor director -leyó lentamente Slim-: Leo su revista desde hace seis años y creo que es lo mejor que se publica. Me gustan los cuentos de Peter Rand. Creo que es notable. Sírvase publicar otros como El Jinete Enmascarado. Yo no escribo muchas cartas pero lo hago ahora para decirle que su revista bien vale el dinero que cuesta".

Slim alzó la mirada interrogativamente: -¿Para qué me hace leer eso?

-Siga -pidió Whit-. Lea el nombre que hay al pie. -"Esperando que siga su buen éxito, William Tenner". -Otra vez alzó la mirada hacia Whit.- ¿Para qué me hace leer eso?

Whit cerró significativamente la revista.

-¿No se acuerda de Bill Tenner? ¿Uno que trabajó aquí hace cosa de tres meses?

Slim pensó...

-¿Un tipo más bien chico? ¿Manejaba una cultivadora?

-Eso es -exclamó Whit-. ¡Es ése!

-¿Le parece que él escribió esta carta?

-Claro que sí. Bill y yo estábamos aquí un día. Le acababa de llegar una de estas revistas. La mira y me dice: "Escribí una carta y no sé si estará aquí". Pero no estaba. Bill dice: "Tal vez la estén guardando para más adelante". Y así era. Ahí está carta.

-Debe ser así -consintió Slim-. Se la publicaron. George tendió la mano hacia la revista.

-Quién sabe si Bill la habrá visto -dijo-. Bill y yo trabajábamos juntos en el cuadro de lino. Los dos manejábamos cultivadoras. Bill era un gran tipo.

Durante la conversación, Carlson se mantuvo sin intervenir. Había seguido mirando al perro. Candy lo vigilaba con inquietud. Por fin reinició Carlson:

-Si quieres, despenaré al pobre perro ahora mismo. Ya no tiene para qué vivir. No puede comer, no ve, ni siquiera camina sin sufrir dolores. Candy aventuró, esperanzado:

-No tienes con qué matarlo.

-Diablo si tengo. Tengo una Luger. No va sufrir nada. -Tal vez mañana -aventuró Candy-. Esperemos a mañana.

-No veo por qué -cortó Carlson. Fue hasta su camastro, sacó un atado que había debajo y en su mano apareció una pistola Luger-. Acabemos de una vez. No podemos dormir con lo que apesta este perro.

Se metió la pistola en el bolsillo trasero del pantalón. Candy miró largo rato a Slim para tratar de encontrar una revocación. Y Slim no la dio. Por fin consintió Candy, suavemente, sin esperanzas:

-Está bien... llévelo.

No miró siquiera al perro. Se echó hacia atrás en su camastro, cruzó los brazos detrás de la cabeza y miró al techo.

Del bolsillo sacó Carlson una fina correa de cuero. Se inclinó y la ató en torno al pescuezo del perro. Todos los hombres, menos Candy, lo miraban.

-Vamos, perrito. Vamos, perrito -dijo con suavidad. Y luego, disculpándose, hacia Candy-: No lo sentirá siquiera. -Candy no se movió ni respondió. Carlson tironeó de la correa.- Vamos, perrito.

El perro se puso lentamente, tiesamente, de pie, y siguió a la correa que lo tironeaba con leve insistencia. -Carlson -llamó Slim.

-¿Qué?

-Ya sabe lo que tiene que hacer.

-¿Qué, Slim?

-Lleve una pala -indicó Slim brevemente.

-¡Ah, claro! Ya entiendo. -Y condujo al perro a la oscuridad.

George lo siguió hasta la puerta, la cerró, y corrió el cerrojo de madera sin hacer ruido. Candy seguía rígidamente tendido en el lecho, mirando hacia arriba.

-Una de mis mulas -comentó Slim en voz muy alta- se ha partido un casco. Le tengo que poner algo de brea. Se apagó el eco de su voz. Había silencio afuera. Murió el ruido de los pasos de Carlson. El silencio entró también en la estancia. Y el silencio duraba.

-Apuesto -exclamó George con una risita- a que Lennie está metido en el granero con su cachorro. Ya no querrá venir aquí, ahora que tiene su perro.

-Candy -llamó Slim-: puedes quedarte con el cachorro que quieras.

Candy no respondió. Cayó otra vez el silencio sobre la estancia. Venía de la noche e invadía la estancia.

-¿Alguien quiere jugar unas manos conmigo? -invitó George mostrando los naipes.

-Yo jugaría un poco -asintió Whit.

Se sentaron ante la mesa, uno frente al otro, bajo la luz, pero George no barajó los naipes. Chasqueó nerviosamente el borde del mazo, y el chasquido atrajo los ojos de todos los hombres presentes, de modo que dejó de hacerlo. Otra vez cayó el silencio en el cuarto. Pasó un minuto, y otro minuto. Candy seguía quieto, mirando al techo. Slim fijó los ojos en él por un momento y luego se miró las manos: calmó a una mano con la otra, y la tuvo presa. Se oyó un ruido que venía de bajo el piso y todos los hombres miraron agradecidos hacia el lugar. Sólo Candy seguía contemplando el techo con ojos muy abiertos.

-Parece que hubiera una rata por ahí -comentó George-. Tendríamos que poner una trampa.

-¿Por qué diablos tarda tanto tiempo? -estalló Whit-. Empiece a dar cartas, ¿quiere? Así no vamos a jugar nunca.

George juntó bien los naipes y les estudió el lomo. Otra vez se hizo el silencio en la habitación.

A la distancia sonó un disparo. Los hombres miraron rápidamente al anciano. Todas las cabezas se volvieron hacia él.

Por un instante Candy siguió mirando al techo. Luego, se volvió lentamente en la cama y quedó de cara a la pared, en silencio.

George barajó ruidosamente los naipes y dio una mano. Whit tomó sus cartas y dijo:

-Parece que ustedes dos vinieron a trabajar de veras.

-¿Por qué?

-Bueno -rió Whit-. Han venido un viernes. Tienen que trabajar dos días hasta el domingo.

-No entiendo -dijo George. Otra vez rió Whit.

-Ya entenderá cuando haya trabajado un tiempo en estos ranchos grandes. El hombre que quiere ver cómo es el lugar, llega el sábado por la tarde. Le dan de comer el sábado por la noche, y tres veces el domingo, y puede irse el lunes por la mañana, después del desayuno, sin haber trabajado un minuto. Pero ustedes vinieron el viernes a mediodía. Por donde lo miren, tienen que trabajar un día y medio. George lo miró con fijeza.

-Vamos a quedarnos un tiempo aquí -aseguró-. Yo y Lennie vamos a juntar un poco de dinero.

La puerta se abrió silenciosamente y el peón del establo asomó la cabeza; una flaca cabeza negra, arrugada de dolores, pacientes los ojos.

-Señor Slim.

Slim separó los ojos del viejo Candy.

-¿Eh? ¡Ah! Hola, Crooks. ¿Qué pasa?

-Me dijo usted que calentara la brea para el casco de esa mula. Ya está caliente.

-¡Ah, claro! Voy en seguida a curarla.

-Puedo hacerlo yo, si usted quiere, señor Slim.

-No. Iré a hacerlo yo mismo -agregó Slim, y se puso de pie.

-Señor Slim -volvió a llamar Crooks.

-Sí...

-Ese hombre grandote está metiéndose con los cachorros en el granero.

-Bueno, pero no hace daño alguno. Le regalé uno de los cachorros.

-Pensé que sería mejor que lo supiera usted. Los saca de la paja y los tiene en las manos de un lado para otro. Eso no les va a hacer bien.

-No les hará daño -repitió Slim-. Ahora voy con usted.

George alzó la vista.

-Si ese idiota molesta mucho, échelo a patadas, Slim. Slim siguió al peón fuera de la estancia.

George dio cartas, y Whit recogió las suyas y las estudió.

-¿Ha visto ya a la nena nueva? -preguntó.

-¿Qué nena? -preguntó a su vez George.

-Pues, la mujer de Curley.

-Sí, la vi.

-Bueno, ¿no es una preciosidad?

-Tanto no he visto -repuso George.

Whit dejó categóricamente las cartas en la mesa.

-Bueno, quédese por aquí y tenga bien abiertos los ojos. Ya verá bastante. Porque no esconde nada. Jamás he visto una cosa igual. Está siempre echándole el ojo a alguien. Hasta creo que le echa el ojo al negro. No sé que infiernos quiere.

-¿Ha habido líos desde que llegó? -inquirió George como al descuido.

Era evidente que Whit no se interesaba en sus cartas. Las dejó recoger por George, que fue tendiendo su lento solitario: siete cartas, y seis sobre ellas, y cinco sobre las seis.

-Ya entiendo -contestó Whit-. No, todavía no hubo

nada. Curley está que se lo lleva todo por delante, pero eso es todo por ahora. Cada vez que los muchachos están por aquí, se presenta ella. Anda buscando a Curley, o cree que se olvidó algo y lo quiere encontrar. Parece que no pudiera estar lejos de los pantalones. Y Curley está como si lo picaran las hormigas, pero todavía no ha pasado nada.

-Va a haber un lío -opinó George-. Va a haber un tremendo lío por culpa de ella. Esa mujer es como un revólver con el gatillo listo. Ese Curley se ha metido en una buena. Un rancho con una cantidad de hombres como nosotros no es lugar para una mujer, sobre todo como ella.

-Ya que habla así -dijo Whit- haría bien en venir con nosotros al pueblo, mañana por la noche.

-¿Por qué? ¿Qué pasa?

-Lo de siempre. Vamos a lo de Susy. Lindo sitio. La vieja Susy es muy graciosa, siempre bromeando. Como dice cuando llegamos el sábado por la noche. Susy abre la puerta y grita por sobre el hombro: "A ponerse la ropa, chicas; aquí viene la policía". Nunca dice malas palabras, tampoco. Tiene cinco mujeres en la casa.

-¿Cuánto cuesta?

-Dos y medio. Se puede echar un trago por veinte centavos. Hay buenas sillas para sentarse, también. Si un tipo no quiere hacer nada, pues se sienta en una silla y toma dos o tres copas y habla un rato, y a Susy no le importa nada. No es mujer de andar insistiendo si uno no quiere hacer nada.

-Podría ir a echar un vistazo -admitió George.

-Claro, venga. Es muy divertido: Susy no hace más que bromear. Como dice una vez, dice: "He conocido personas que creen que tienen un establecimiento sólo porque han puesto una alfombra en el piso y una lámpara de seda sobre el fonógrafo." Siempre habla así de la casa de Clara. Y dice Susy, dice: "Yo sé lo que vienen a buscar ustedes. Mis chicas son limpias, y mi whisky no tiene agua", dice. "Si alguno de ustedes quiere ver una linda lámpara de seda, y correr el riesgo de quemarse, ya sabe dónde tiene que ir." Y dice: "He visto a algunos que andan por ahí con las piernas torcidas porque les gusta ver lindas lámparas."

-Clara es la dueña de la otra casa, ¿eh?

-Sí. Nunca vamos. Clara cobra tres dólares por cada uno, y treinta y cinco centavos por cada copa, y no es bromista como la otra. Pero Susy tiene su casa bien limpia, y buenas sillas. Y nada de peleas allí adentro.

-Yo y Lennie estamos juntando dinero -dijo George-. Tal vez vaya con ustedes a tomar una copa, pero no voy a gastar dos y medio...

-Bueno, uno tiene que divertirse a veces.

La puerta se abrió y Lennie y Carlson entraron juntos. Lennie se acercó a su camastro y se sentó, tratando de no despertar atención. Carlson metió la mano bajo su cama para sacar la bolsa. No miró hacia el viejo Candy, que seguía de cara a la pared. En la bolsa, Carlson encontró una latita de aceite y un cepillito para limpiar la pistola. Los puso en la cama y luego sacó el arma del bolsillo, le quitó el cargador y extrajo de un golpe la bala de la recámara. Después se puso a limpiar el caño con el cepillito cilíndrico. Cuando se oyó el chasquido del eyector de los proyectiles, Candy se volvió y miró por un momento la pistola, antes de volverse otra vez hacia la pared.

Carlson dijo:

-¿Ha estado Curley por aquí?

-No -respondió Whit-. ¿Qué le pasa? Carlson miró con un solo ojo el caño de su arrua.

-Anda buscando a la señora. Le vi dar vueltas y vueltas por afuera.

-Se pasa la mitad del tiempo -comentó Whit sarcásticamente- buscando a su mujer, y el resto del tiempo es ella la que lo busca.

Curley entró precipitadamente en el cuarto.

-¿Alguno de ustedes ha visto a mi mujer? -requirió.

-No ha estado por aquí -repuso Whit.

Curley miró amenazadoramente en torno suyo.

-¿Dónde diablos está Slim?

-Fue hasta el granero -informó George-. Tenía que ponerle brea a una mula que se partió un casco.

Los hombros de Curley cayeron un poco y se echaron hacia atrás.

-¿Cuánto hace que se fue?

-Cinco, diez minutos.

Curley salió de un salto y golpeó la puerta para cerrarla tras de sí.

Whit se puso de pie.

-Me parece que me gustaría ver esto -dijo-. Curley está perdiendo el seso, o no se metería con Slim. Y ese Curley es bueno para pelear, bien bueno. Llegó a la final del campeonato nacional. Tiene recortes de diarios y todo.

-Pensó un momento.- Pero, de todos modos, haría mejor en dejar tranquilo a Slim. Nadie sabe qué es capaz de hacer Slim.

-¿Creyó que Slim está con su mujer, verdad? -preguntó George.

-Así parece -opinó Whit-. Claro que no es cierto. Al menos, no lo creo. Pero me gustaría ver la pelea, si se produce. Vamos...

-Yo me quedo aquí -se resistió George-. No quiero meterme en nada. Lennie y yo queremos juntar un poco de dinero.

Carlson terminó la limpieza de su pistola, puso todo en la bolsa, a la que guardó bajo el camastro.

-Creo que yo voy a ver qué pasa -expresó.

Candy seguía muy quieto, y Lennie, desde su camastro, vigilaba cautelosamente a George.

Cuando Whit y Carlson se hubieron marchado y la puerta quedó cerrada tras ellos, George se volvió hacia Lennie.

-¿Qué te ocurre?

-No he hecho nada, George. Slim dice que por un tiempo haría mejor en no andar tanto con esos cachorros Slim dice que no les hace bien; por eso vine aquí. Me he portado bien, George.

-Eso mismo te lo habría dicho yo -afirmó George.

-Bueno, yo no les hacía daño. No hice más que tener a mi perrito sobre las rodillas, y acariciarlo.

-¿Viste a Slim en el granero?

-Claro que lo vi. Me dijo que haría bien en no acariciar más al perro.

-¿Viste a esa mujer?

-¿La mujer de Curley?

-Sí. ¿La viste entrar en el granero?

-No. De todos modos nunca la vi.

-¿No la viste hablar con Slim?

-No, no. Ni siquiera estuvo en el granero.

-Bueno. Me parece que esos dos no van a ver ninguna pelea. Si ves alguna pelea, Lennie, no te metas.

-Yo no quiero peleas -susurró Lennie.

Se levantó de su camastro y se sentó ante la mesa, frente a George. Casi automáticamente, George barajó los naipes y tendió su mano de solitario. Procedía con una lentitud deliberada, pensativa.

Lennie tomó una carta y la miró detenidamente, luego la dio vuelta y la volvió a mirar con expresión reconcentrada.

-De las dos mitades es igual -dijo-. George, ¿por qué es igual de los dos lados?

-No sé. Así es como las hacen. ¿Qué hacía Slim en el granero cuando lo viste?

-¿Slim?

-Claro. Me dijiste que estaba en el granero y que te dijo que no acariciaras tanto los cachorros.

-Ah, sí. Tenía una lata de brea y un pincel. No sé para qué.

-¿Estás seguro de que esa mujer no entró, así como entró hoy aquí?

-No, no estuvo allí. George suspiró.

-A mí, que me den un buen burdel en el pueblo. Allí puede ir uno y emborracharse y librarse de todo lo que le sobra en el cuerpo, y nada de líos. Y ya sabe cuánto le va a costar. En cambio, estas otras son como sentarse en un barril de pólvora.

Lennie siguió admirado sus palabras, y movió un poco los labios, para seguir la charla. George continuó:

-¿Te acuerdas de Andy Cushman, Lennie? ¿Aquel que iba a la escuela?

-¿El hijo de esa señora que hacía pasteles para todos los chicos? -preguntó Lennie.

-Sí, ese mismo. No te olvidas de nada si se trata de algo que comer.

George miró cuidadosamente su solitario. Puso un as separado de las demás cartas, y sobre él apiló un dos, un tres y un cuatro.

-Andy está en la cárcel ahora, todo por culpa de una de estas mujeres.

Lennie tamborileó la mesa con los dedos.

-¿George?

-¿Eh?

-George, ¿cuánto tiempo va a pasar hasta que consigamos esas dos cuadras de tierra, para vivir como príncipes... y los conejos?

-No sé -repuso George-. Tenemos que juntar mucho dinero. Sé dónde hay un terreno que podríamos conseguir fácilmente, pero no lo regalan.

El viejo Candy se volvió lentamente en su cama. Tenía Muy abiertos los ojos. Escrutó cuidadosamente a George.

-Cuéntame cómo va a ser, George -pidió Lennie. -Ya te dije anoche cómo va a ser.

-Vamos... otra vez, George.

-Bueno, son unas tres cuadras -dijo George-. Hay un molino de viento. Hay un galponcito, y un gallinero. Tiene cocina, huerta, cerezas, manzanas, duraznos, damascos, y un poco de fresas. Hay un lugar para cultivar alfalfa, y bastante agua para el riego. Hay chiquero para los cerdos...

-Y conejos, George.

-No, ahora no hay sitio para los conejos, pero no me costaría mucho hacer una conejera, y tú podrías alimentar los conejos con alfalfa.

-Claro que sí -se animó Lennie-. Te apuesto a que puedo.

Las manos de George dejaron de trabajar con las cartas. Su voz se iba entibiando.

-Y podríamos tener unos cuantos cerdos. Yo podría hacer un ahumadero como tenía mi abuelo, y cuando matemos un cerdo podríamos ahumar la panceta y los jamones, y hacer embutidos, y todo lo demás. Y cuando los salmones remontan el río podemos pescar más de cien y salarlos y ahumarlos. Podemos guardarlos para el desayuno. No hay nada más sabroso que el salmón ahumado. Cuando madura la fruta podemos ponerla en latas... y tomates, que son fáciles de conservar. Todos los domingos mataremos un pollo o un conejo. Tal vez tengamos una vaca o una cabra, y la crema de la leche es tan, pero tan espesa, que para cortarla hay que usar cuchillo.

Lennie lo miraba con ojos muy abiertos, y también el viejo Candy lo miraba. Lennie preguntó suavemente: -¿Podríamos vivir como príncipes?

-Claro -afirmó George-. Tendríamos toda clase de verduras, y si quisiéramos un poco de whisky podríamos vender unos huevos, o cualquier cosa, o un poco de leche. Viviríamos allí. Esa sería nuestra casa. Nada de andar de un lado para otro y comer lo que nos da un cocinero japonés. No, señor, tendríamos nuestra propia casa, y no dormiríamos en un galpón.

-Habla de la casa, George -rogó Lennie.

-Claro, vamos a tener una casita, con una pieza para nosotros. Una buena cocina de hierro, y en invierno va a arder siempre el fuego. No es demasiada tierra, de modo que no tendremos que trabajar mucho. Quizá seis, siete horas por día. Pero nada de cargar bolsas de cebada once horas diarias. Y cuando llega la cosecha, allí estamos nosotros para recogerla. Así sabremos qué resulta de lo que sembramos.

-Y los conejos -adelantó Lennie ansiosamente-. Yo los cuidaré. Cuéntame cómo va a ser, George.

-Claro, vas a ir al cuadro de alfalfa, con una bolsa. Vas a llenar la bolsa y a poner la alfalfa en las conejeras. -Van a comer y comer, con esos dientes que tienen -dijo Lennie-. Yo sé cómo hacen.

-Cada seis semanas, o cosa así -prosiguió George-, las conejas van a parir, y tendremos conejos de sobra para comer y venderlos. Y tendremos unas palomas para que hagan nido y vuelen cerca del molino, como las he visto cuando era chico. -Miró absorto la pared, sobre la cabeza de Lennie- Y todo sería nuestro, y nadie podría echarnos. Y si no nos gusta un tipo, podemos decirle "Váyase de aquí", y se tendrá que ir, qué diablos. Y si llega un amigo, tenemos una cama de más, y le decimos: "¿Por qué no pasa la noche aquí?" Y se queda con nosotros, qué diablos. Tendremos un perro de caza y un par de gatos, pero tienes que cuidar que esos gatos no maten a los conejitos.

Lennie respiró con fuerza.

-Déjalos que se acerquen a los conejos. Les romperé el pescuezo. Les... los aplastaré con un palo.

Se calmó luego, pero aún gruñendo para sus adentros, aún amenazando a los futuros gatos que podrían atreverse a molestar a los futuros conejos.

George quedó absorto, extasiado en su propio cuadro. Cuando Candy habló, los dos saltaron como si hubiesen sido sorprendidos en un acto reprimible. Candy preguntó:

-¿Ustedes saben dónde hay un lugar así? George se puso inmediatamente en guardia:

-¿Qué importa si sabemos? ¿Usted qué tiene que ver con esto?

-No es para que me diga dónde está. Puede ser en cualquier parte.

-Claro -admitió George-. Es cierto. Por más que yo le diga, no lo podría encontrar ni en cien años.

Candy prosiguió, excitado:

-¿Cuánto piden por un lugar así? George lo miró con sospecha.

-Bueno, yo... podría conseguirlo por seiscientos dólares. Los dos viejos que son los dueños no tienen un centavo, y la vieja tiene que hacerse operar. Oiga... ¿qué le importa a usted de esto? Usted no tiene nada que ver con nosotros.

-Yo no valgo mucho con una mano de menos -dijo

Candy-. Perdí la mano aquí mismo, en este rancho. Por eso me dan este trabajo de barrer. Y me dieron doscientos cincuenta dólares por haber perdido la mano. Y tengo otros cincuenta ahorrados en el banco. Son trescientos, y tengo que cobrar otros cincuenta a fin de mes. Escúcheme... -Se inclinó ansiosamente hacia George.- Supóngase que yo pudiera ir con ustedes. Pondría trescientos cincuenta dólares. No sirvo de mucho, pero podría cocinar y cuidar las gallinas y encargarme de la huerta. ¿Qué le parece?

George entrecerró los ojos.

-Tengo que pensarlo. Siempre quisimos hacerlo los dos solos.

-Haré un testamento -aseguró Candy- y dejaré mi parte a los dos en el caso de morir, porque no tengo parientes ni nada. ¿Ustedes tienen algo de dinero? Quizá pudiéramos comprar la quinta ahora mismo.

George escupió en el piso para mostrar su desagrado.

-Tenemos diez dólares entre los dos.

-Pero luego, pensativamente, agregó:- Escuche: si yo y Lennie trabajamos un mes y no gastamos nada, tendremos cien dólares. Serían cuatrocientos cincuenta entre todos. Creo que con eso podríamos pagar la mayor parte. Entonces usted y Lennie podrían ir y empezar a trabajar, y yo me conseguiría un empleo para pagar el resto, y ustedes podrían vender huevos y cosas así.

Todos quedaron en silencio. Se miraron uno a otro, atónitos. Se estaba convirtiendo en realidad esto en lo que nunca habían creído realmente. George dijo con reverencia:

-¡Jesucristo! Creo que podemos comprar el campo. Tenía los ojos como fascinados.

-Creo que podemos comprarlo -repitió suavemente. Candy se sentó en el borde de su camastro. Se rascó nerviosamente el muñón del brazo.

-Hace ya cuatro años que perdí la mano -dijo-. Muy pronto me van a echar. Apenas vean que no sirvo para barrer, me dejarán sin trabajo. Tal vez si les doy el dinero ustedes me dejarán trabajar en la huerta, aun después de

que no pueda moverme de viejo. Y lavaré los platos y atenderé a las gallinas, y haré trabajitos así. Pero estaré en nuestra casa, y podré trabajar en nuestra tierra. -Y agregó míseramente:- ¿Vieron lo que han hecho con mi perro? Dicen que no servía para nada. Cuando me echen, desearía que alguien me pegara un tiro. Pero no lo van a hacer. No sabré adónde ir, ni podré conseguir trabajo... Tendré otros treinta dólares para cobrar cuando ustedes estén listos para irse.

George se puso de pie.

-Lo haremos -afirmó-. Arreglaremos todo e iremos a vivir allí.

Volvió a sentarse. Todos quedaron quietos, todos embrujados por la belleza del plan, cada mente lanzada al futuro en que se produciría esta cosa bella.

George exclamó maravillado:

-Imagínense que llegue un circo al pueblo o que haya una fiesta, o un partido de pelota, o cualquier cosa.

El viejo Candy asintió silenciosamente, apreciando la idea.

-Pues iríamos, y nada más -prosiguió George-. A nadie le pediríamos permiso. Diríamos "vamos al pueblo", y nada más, iríamos. No tendríamos más que ordeñar la vaca y tirar un poco de comida a los pollos...

-Y poner un poco de pasto para los conejos -interrumpió Lennie-. Yo no me voy a olvidar de darles de comer. ¿Cuándo podremos hacerlo, George?

-Dentro de un mes. Dentro de un mes, ni más ni menos. ¿Saben lo que voy a hacer? Voy a escribir a esos viejos para decirles que les compraremos el campo. Y Candy les enviará cien dólares como seña.

-Claro que sí -confirmó Candy-. ¿Hay una buena cocina?

-Claro. Hay una linda cocina, para carbón o leña.

-Yo voy a llevar mi cachorro-terció Lennie-. Apuesto a que le gustará estar allí, por Dios.

Unas voces se acercaban a la puerta.

-No se lo cuenten a nadie -recomendó George rápidamente-. Lo sabremos nosotros tres y nadie más. Son capaces de echarnos para que no podamos juntar el dinero. Vamos a seguir como si tuviéramos que cargar cebada el resto de la vida, y un día, de repente, cobramos el sueldo y nos marchamos.

Lennie y Candy asintieron, sonrientes, deleitados.

-No se lo cuenten a nadie -repitió Lennie para sí.

-George -llamó Candy.

-¿Eh?

-Yo tendría que haber matado a ese perro, George. No debí dejar que un extraño matara mi perro.

Se abrió la puerta. Slim entró, seguido por Curley y Carlson y Whit. Slim tenía las manos negras de brea y el ceño fruncido de enojo. Curley lo seguía, pegado a un codo.

-Bueno, Slim -dijo Curley-, no quise decir nada malo. No hice más que preguntar.

-Bueno -contestó Slim-, ya ha preguntado demasiado. Me estoy hartando de tantas preguntas. Si no puede cuidar a esa condenada mujer, ¿qué quiere que haga yo? Déjeme tranquilo.

-Sólo trataba de decirle que no quise hacer mal -insistió Curley-. Sólo creí que tal vez la habría visto usted. -¿Por qué no la manda que se quede en su casa, donde debería estar? -reprochó Carlson-. Si la deja andar entre los peones, no pasará mucho tiempo antes de encontrarse en un buen apuro.

Curley giró velozmente para mirar a Carlson.

-Usted no se meta en esto, a menos que quiera ir afuera.

Carlson rió.

-Usted es un cobarde -repuso-. Quiso asustar a Slim, y no lo consiguió. Slim fue quien lo asustó a usted. Es más cobarde que un sapo. Me tiene sin cuidado que sea el mejor peso liviano del país. Métase conmigo y le arrancaré la cabeza a puntapiés.

Candy se sumó al ataque con alegría.

-El guante lleno de vaselina -dijo como asqueado. Curley lo miró con rabia. Pero sus ojos pasaron sobre él y se fijaron en Lennie; y Lennie estaba son

riendo todavía por el deleite de sus recuerdos de la tierra próxima.

Curley se acercó a Lennie como un perro ratonero.

-¿De qué diablos se ríe?

Lennie lo miró tontamente.

-¿Eh?

Entonces estalló la ira de Curley.

-Vamos, hijo de perra. Párese. No voy a dejar que un hijo de tal, por grande que sea, se ría de mí. Ya le voy a enseñar quién es el cobarde.

Lennie miro a George en su desventura, y luego se incorporó y trató de retroceder. Curley estaba balanceado en sus pies, dispuesto ya. Fustigó a Lennie con la izquierda, y luego descargó la derecha en la nariz. Lennie dio un grito de terror. Le brotó sangre de la nariz.

-George -gritó-. Dile que me deje en paz, George. Retrocedió hasta quedar junto a la pared, y Curley lo siguió, golpeándole el rostro. Lennie conservaba las manos a los costados; tenía demasiado terror para tratar de defenderse.

George se había puesto de pie y gritaba:

-Dale, Lennie. No dejes que te pegue.

Lennie se cubrió la cara con sus enormes manos y chilló aterrorizado.

-Dile que pare, George.

Entonces Curley le atacó el estómago, y le cortó la respiración.

Slim se irguió de un salto.

-El cobarde -gritó-. Ya me encargaré yo de él. Pero George extendió una mano y contuvo a Slim.

-Espere un minuto -exclamó. Formó con las manos una bocina en torno a la boca y gritó:

-Dale, Lennie.

Lennie se quitó las manos de la cara y buscó a George con la mirada, y Curley le castigó los ojos. La enorme cara estaba cubierta de sangre. George gritó otra vez:

-Te dije que le dieras.

Curley estaba bamboleando el puño cuando Lennie se lo tomó. Al instante Curley saltaba como el pez prendido de un anzuelo, perdido su puño en la gran mano de Lennie. George corrió a través del cuarto.

-Suéltalo, Lennie. Suéltalo.

Pero Lennie miraba horrorizado al hombrecito a quien tenía en su poder. Le corría la sangre por la cara: tenía un ojo herido y cerrado. George le pegó una y otra vez en la cara con la mano abierta, y Lennie seguía apretando el puño prisionero. Curley estaba blanco y encogido ahora, y su brega se había debilitado. Estaba llorando, perdido el puño en la manaza de Lennie.

George gritaba y gritaba.

Librodot

-Suéltale la mano, Lennie. ¡Suelta! Slim, venga a ayudarme mientras todavía le quede algo de mano a ése. De pronto Lennie aflojó su garra. Se quedó encogido, acobardado, junto a la pared.

-Tú me dijiste, George -se excusó lastimosamente. Curley se sentó en el piso, mirando con extrañeza su mano aplastada. Slim y Carlson se inclinaron sobre él. Luego Slim se enderezó y miró a Lennie horrorizado. -Tenemos que llevarlo a un médico. Me parece que tiene todos los huesos de la mano hechos pedazos. -Yo no quise hacer daño -lloriqueó Lennie-. No quise lastimarlo.

-Carlson -indicó Slim-, enganche el carro de las provisiones. Lo llevaremos a Soledad y lo haremos curar. Carlson salió de prisa. Slim se volvió hacia el lloroso Lennie.

-Usted no tuvo la culpa -dijo-. Este tipo se la estaba buscando. Pero, ¡Jesús!, casi no le ha quedado mano. Slim salió y casi inmediatamente regresó con un jarro de lata lleno de agua. Lo acercó a la boca de Curley. George requirió:

-Slim, ¿nos echarán ahora? Necesitamos el dinero. ¿Nos echará el padre de Curley?

Slim sonrió agriamente. Se arrodilló junto a Curley.

-¿Le queda bastante sentido para escuchar? -preguntó.

Curley asintió.

-Bueno, escuche entonces -prosiguió Slim-. Me parece que se ha aplastado la mano en una máquina. Si no dice a nadie qué le ha pasado, nosotros no vamos a contar. Pero en cuanto lo diga y quiera hacer echar a este hombre, nosotros vamos a contar lo que pasó, y ya verá cómo se reirán de usted.

-No voy a contar -consintió Curley. Evitaba mirar a Lennie.

Resonaron afuera las ruedas de un carro. Slim ayudó a Curley a ponerse de pie.

-Vamos, pues. Carlson lo va a llevar a un médico. Acompañó a Curley hasta la puerta. El ruido de las ruedas murió a lo lejos. Al cabo de un momento, Slim entró de nuevo en el cuarto. Miró a Lennie, agazapado todavía, lleno de temor, junto a la pared.

-Muéstreme las manos -pidió. Lennie extendió las manos.

-Dios del cielo -exclamó Slim-, no me gustaría que se enojara conmigo.

-Lennie estaba asustado -interrumpió George-. Nada más. No sabía qué hacer. Ya le dije hoy que a nadie le conviene pelear con él. No, creo que fue Candy quien me oyó.

Candy asintió solemnemente.

-Así es. Esta misma mañana, cuando Curley se metió con su amigo, usted me dijo: "Mejor haría en no jugar con Lennie, si sabe lo que le conviene". Eso fue lo que dijo.

George se volvió hacia Lennie.

-No tienes la culpa, Lennie. No hay por qué asustarse más. Hiciste sólo lo que te dije. Tal vez será mejor que vayas al lavadero y te limpies la cara. Estás horrible. Lennie sonrió con su boca magullada.

-Yo no quise hacer mal -dijo. Caminó hacia la puerta, pero antes de cruzarla se volvió-: ¿George? -¿Qué te pasa?

-¿Podré cuidar los conejos todavía?

-Claro. No has hecho nada.

-No quise hacer daño, George.

-Bueno, sal de una vez y lávate esa cara.

Librodot

CAPÍTULO IV

Crooks, el peón negro, tenía su camastro en el cuarto de los arneses; un pequeño cobertizo que sobresalía de la pared del granero. A un lado del cuartito había una ventana cuadrada, con cuatro vidrios, y del otro una estrecha puerta de tablas, que daba al granero. El camastro de Crooks era un largo cajón lleno de paja, sobre el cual estaban tendidas sus mantas. De unas clavijas fijadas a la pared, junto a la ventana, colgaban rotos arneses en trámite de ser arreglados y lonjas de cuero nuevo. Bajo la misma ventana, un banquillo para las herramientas de talabartería, curvos cuchillos y agujas y ovillos de hebra de hilo, y un pequeño remachador de mano. Asimismo colgaban de las clavijas, piezas de arneses, una collera rota, que mostraba el relleno de crin, una pechera partida, y una cadena de tiro con su forro de cuero también roto. Crooks tenía el cajón de manzanas que le servía de estante sobre el camastro, y en él una variedad de frascos de remedios, para él y para los caballos. Había latas de grasa para los arneses y una sucia lata de brea con su pincel asomado al borde. Y dispersos por el piso, muchos efectos personales; porque Crooks, por vivir solo, podía dejar sus cosas sin cuidado, y por ser peón del establo y lisiado, era más permanente que los demás en el rancho y había acumulado más posesiones de las que podía llevar al hombro.

Crooks era dueño de varios pares de zapatos, uno de botas de goma, un gran reloj despertador, y una escopeta de un caño. Y tenía también varios libros; un maltrecho diccionario y un rotoso ejemplar del código civil de California para 1905. Había unas revistas muy gastadas y algunos libros sucios en un estante especial sobre el camastro. De un clavo en la pared, sobre la cama, pendía un par de grandes anteojos con armazón de oro.

El cuarto estaba barrido y bastante limpio, porque Crooks era un hombre orgulloso, solitario. Guardaba su distancia, y exigía que los demás guardaran la suya. Su cuerpo estaba doblado hacia la izquierda por causa de la fractura de la columna vertebral, y sus ojos se ahondaban tanto en su cara, que por esa profundidad parecían resplandecer intensamente. Tenía el magro rostro marcado por hondas arrugas negras, y labios finos, estirados por el dolor, más pálidos que la cara.

Era sábado por la noche. A través de la puerta que daba al granero llegaba el sonido de caballos en movimiento, de patas agitadas, de dientes mordiendo el heno, de las cadenas de los ronzales. En el cuarto del peón, una lamparilla eléctrica derramaba escasa luz amarilla.

Crooks estaba sentado en su camastro. Por atrás, los faldones de la camisa le salían fuera de los pantalones. En una mano sostenía un frasco de linimento, y con la otra se frotaba la espalda. De vez en cuando vertía unas gotas de linimento en su mano de palma rosada y la metía bajo la camisa para volver a frotar. Encorvaba los músculos de la espalda y se estremecía.

Silenciosamente apareció Lennie por la puerta abierta y quedó allí mirando hacia adentro, lleno casi el hueco de la puerta con sus grandes hombros. Por un momento no lo vio Crooks, pero al levantar la vista quedó tieso el peón y en su rostro apareció el enojo. Su mano oculta bajo la camisa apareció otra vez.

Lennie sonrió desventuradamente en un intento por demostrar amistad.

-No tiene derecho -exclamó bruscamente Crooks- a entrar en mi pieza. Esta es mi pieza. Nadie sino yo tiene derecho a estar aquí.

Lennie tragó saliva y su sonrisa se hizo más adulona.

-No hago nada. Acabo de venir a ver mi cachorro. Y entonces vi luz aquí -explicó.

-Bueno, yo tengo derecho a encender la luz. Tiene que marcharse de mi cuarto. A mí no me dejan estar en el cuarto grande, y yo no lo dejaré estar aquí.

-¿Por qué no lo dejan estar? -preguntó Lennie.

-Porque soy negro. Allí juegan a las cartas, pero yo no puedo jugar porque soy negro. Dicen que huelo mal. Bueno, yo le digo que para mí todos ustedes tienen mal olor. Lennie movió las grandes manos desventuradas.

-Todos se han ido al pueblo -informó-. Slim y George y todos. George dice que tengo que quedarme aquí y no hacer líos. Yo vi esta luz.

-Bueno, ¿qué quiere aquí?

-Nada. Vi esta luz y creí que podría entrar un rato a sentarme.

Crooks miró fijamente a Lennie, y estiró una mano hacia atrás y recogió los anteojos y se los ajustó a las rosadas orejas, y volvió a mirar.

-No sé qué viene a hacer al galpón, de todos modos -se quejó-. Usted no tiene nada que ver con los caballos. Usted es cargador de bolsas y no tiene por qué venir aquí. Nada tiene que ver con los caballos.

-El perrito -repitió Lennie-. Vine a ver mi perrito.

-Bueno, vaya a ver su perrito, entonces. No se meta donde no lo necesitan.

Lennie perdió su sonrisa. Avanzó un paso dentro de la pieza, pero luego se acordó y retrocedió hasta la puerta.

-Los estuve mirando un poco. Slim dice que no tengo que acariciarlos demasiado.

-Bueno, pero no ha hecho más que sacarlos de la paja todo el tiempo. No sé cómo la perra no los lleva a otro sitio.

-Oh, la perra me deja. No le importa -dijo Lennie, que había entrado nuevamente en el cuarto.

Crooks frunció el ceño, pero la apaciguadora sonrisa de Lennie lo venció.

-Vamos, entre y siéntese un rato -invitó Crooks-. Ya que no se quiere ir y dejarme tranquilo, bien puede sentarse. -Su tono era un poco más amistoso.- Todos los muchachos se fueron al pueblo, ¿eh?

-Todos menos el viejo Candy. Está ahí sentado en el

cuarto grande, afilando el lápiz y afilando el lápiz y haciendo cuentas.

Crooks se ajustó los anteojos.

-¿Cuentas? ¿Qué cuentas hace Candy? Lennie gritó casi:

-Hace cuentas con los conejos.

-Usted está loco. Más loco que una cabra. ¿De qué conejos me habla?

-Los conejos que vamos a comprar; yo tengo que cuidarlos, y cortar el pasto y darles agua, y todo lo demás -Loco, bien loco -insistió Crooks-. Hace bien el hombre que viaja con usted en tenerlo lejos.

Lennie repuso suavemente:

-No es mentira. Eso es lo que vamos a hacer. Vamos a comprar una casa y un terreno y viviremos como príncipes.

Crooks se arrellanó más cómodamente en su lecho. -Siéntese -volvió a invitar-. Siéntese ahí, en el cajón de los clavos.

Lennie se sentó encogido en el cajoncito.

-Usted cree que es mentira -dijo-. Pero no es mentira. Todo lo que digo es verdad, y puede preguntarle a George.

Crooks puso el oscuro mentón en la rosada palma.

-¿Usted viaja siempre con George, verdad?

-Claro. Yo y él vamos juntos a todas partes.

-A veces -prosiguió Crooks- él habla y usted no sabe de qué diablos está hablando. ¿No es cierto? -Se hizo hacia delante, horadando a Lennie con sus ojos profundos:- ¿No es así?

-Sí... a veces.

-¿Habla y habla y usted no sabe de qué diablos habla?

-Sí... a veces. Pero... no siempre.

Crooks se inclinó aun más hacia delante sobre el borde del camastro.

-Yo no soy un negro del Sur -continuó-. Nací aquí mismo, en California. Mi viejo tenía un criadero de gallinas, unas cinco hectáreas. Los niños, los blancos, iban a

jugar allí conmigo, y a veces yo iba a jugar a casa de ellos, y algunos eran muy buenos. A mi viejo no le gustaba. Hasta mucho después no supe por qué no le gustaba. Pero ahora sé. -Vaciló, y cuando volvió a hablar su voz era más suave.- No había otra familia de color en muchas leguas a la redonda. Y ahora sólo hay un hombre de color en este rancho, y una familia en Soledad. -Soltó una carcajada.- Si yo digo algo, no importa nada, porque no es más que un negro quien habla.

-¿Cuánto tiempo le parece -preguntó Lennie- que tardarán esos cachorros en ser bastante grandes para acariciarlos bien?

Otra vez rió Crooks.

-Uno puede hablar con usted y estar seguro de que no irá a repetir nada. Dentro de un par de semanas esos cachorros ya serán grandes. George sabe lo que hace. Habla, y usted no comprende nada. -Se hizo hacia adelante en su excitación.- Yo no soy más que un negro, y un negro con la espalda rota. Lo que yo digo no importa, ¿entiende? De todos modos, no va a poder acordarse. Muchas veces lo he visto: un hombre que habla con otro, y no le importa que no oiga o no comprenda. La cuestión es hablar, o aun quedarse callado, sin hablar. Eso no importa, no importa nada. -Sin excitación había acrecido hasta que ahora se golpeaba la rodilla con la mano.George puede decirle cualquier disparate, es lo mismo. La cosa es hablar. La cosa es estar con otro hombre. Eso es todo.

Hizo una pausa. Pero luego su voz se tornó suave y persuasiva.

-Supóngase que George no vuelva más. Supóngase que se haya ido y no vuelva más. ¿Qué haría usted?

La atención de Lennie se fijó gradualmente en lo que había oído.

-¿Qué? -requirió.

-Dije que se imagine que George fue esta noche al pueblo, y usted no vuelve a saber nada de él -Crooks apremió esta especie de victoria privada.

- Imagínese -repitió.

-No, no va a hacer eso -gritó Lennie-. George no haría una cosa así. Hace mucho tiempo que ando con George. Esta noche va a volver... -Pero la duda era demasiado para él.- ¿No le parece que volverá?

El rostro de Crooks se iluminó por el placer que le daba su tortura.

-Nadie puede decir qué va a hacer otro hombre -observó con calma-. Digamos que quiere volver y no puede. Imagínese que lo matan o lo hieren, y no puede volver. Lennie pugnó por comprender.

-George no va a hacer eso -repitió-. George es muy cuidadoso. No lo van a herir. Nunca se ha herido, porque es muy cuidadoso.

-Bueno, pero imagínese, imagínese, nada más, que no vuelve. ¿Qué haría usted, entonces?

La cara de Lennie se arrugó de aprensión.

-No sé. Oiga, ¿qué me está diciendo? -gritó-. No es cierto. George no está herido.

Los ojos de Crooks perforaron los suyos.

-¿Quiere que le diga lo que va a ocurrir? Lo llevarán al manicomio, lo atarán del pescuezo, como a un perro. De pronto los ojos de Lennie quedaron fijos, y quietos, y furiosos. Se incorporó y caminó peligrosamente hacia Crooks.

-¿Quién hirió a George? -preguntó.

Crooks vio el peligro que se acercaba. Se hizo hacia atrás en su camastro, para no quedar en el camino.

-No hacía más que suponer cosas -se excusó-. George no está herido. Está bien. Ya volverá pronto.

Lennie estaba de pie, enorme, junto a él.

-¿Para qué habla, entonces? Nadie va a decir que George está herido.

Crooks se quitó los anteojos y se enjugó los ojos con los dedos.

-Siéntese -dijo-. George no está herido.

Lennie volvió gruñendo a su asiento en el cajón de clavos. -Nadie va a decir que George está herido -masculló.

-Tal vez -reinició suavemente Crooks-, tal vez comprenda ahora. Usted tiene a George. Sabe que va a volver. Pero supóngase que no tuviera a nadie. Supóngase que no pudiera ir al cuarto de los peones y jugar a las cartas, por ser negro. ¿Le gustaría? Supóngase que tuviera que sentarse aquí y leer, y leer. Claro que podría jugar a las herraduras hasta la noche, pero después tendría que leer. Los libros no sirven. Un hombre necesita alguien, alguien que esté cerca. Uno se vuelve loco si no tiene a nadie. No importa quién es el otro, con tal de que esté con uno. Le digo -gritó-, le digo que uno se ve tan solo que se enferma.

-George va a volver -se tranquilizó Lennie con voz asustada-. Tal vez haya vuelto ya. Tal vez haría bien en ir a ver.

-No quise asustarlo -afirmó Crooks-. George va a volver. Yo hablaba por mí, solamente. Uno se sienta aquí, solo, toda la noche, leyendo unos libros, o pensando, o cualquier cosa. A veces se pone uno a pensar, y no tiene a nadie que le diga sí o no. Quizá, si ve algo, no sabe si está bien o mal. No puede preguntar a nadie si también lo ha visto. No puede hablar. No tiene con qué medir. Yo he visto muchas cosas aquí. Y no estaba borracho. No sé si estaba dormido. Si hubiera habido un hombre conmigo, me podría decir si estaba dormido, y todo estaría bien. Pero no lo sé.

Crooks miraba a través del cuarto, ahora, hacia la ventana.

-George no se va a ir -exclamó Lennie lastimeramente-. No me va a dejar. Yo sé que George no va a hacer eso.

El peón del establo continuó ensoñadamente:

-Recuerdo cuando era chico, en la casa de mi viejo. Tenía dos hermanos. Estaban siempre conmigo, siempre. Dormíamos en la misma pieza, en la misma cama, los tres. Teníamos un cuadro de fresas. Teníamos un cuadro de alfalfa. En las mañanas de sol sabíamos soltar las gallinas en la alfalfa. Mis hermanos se sentaban en el alambrado para mirarlas: eran gallinas blancas.

Gradualmente el interés de Lennie volvió hacia lo que estaba oyendo.

-George dice que vamos a tener alfalfa para los conejos.

-¿Qué conejos?

Librodot

-Vamos a tener conejos, y un cuadro de fresas.

-Está loco.

-Pero es cierto. Pregúntele a George.

-Está loco -volvió a decir desdeñosamente Crooks-. He visto más de cien hombres que han venido por los caminos a trabajar en los ranchos, con sus atados de ropa al hombro, y esa misma idea en la cabeza. Cientos de ellos. Llegan y trabajan y se van; y cada uno de ellos tiene un terrenito en la cabeza. Y ni uno solo de esos condenados lo ha logrado jamás. Es como el cielo. Todos quieren su terrenito. He leído libros aquí. Nadie llega al cielo, y nadie consigue su tierra. La tienen en la cabeza, nada más. No hacen más que hablar de eso, siempre, siempre, pero sólo lo tienen en la cabeza.

Hizo una pausa y miró hacia la puerta abierta, porque los caballos se movían inquietos y repicaban las cadenas de los ronzales. Un caballo relinchó.

-Creo que alguien anda por ahí -observó Crooks-. Quizá sea Slim. A veces Slim viene dos, tres veces por la noche. Slim es un verdadero tronquero; cuida bien a sus animales.

Se puso dolorosamente de pie y fue hasta la puerta.

-¿Es usted, Slim? -llamó.

Le respondió la voz de Candy.

-Slim fue al pueblo. Oiga, ¿ha visto a Lennie?

-¿Ese grandote?

-Sí. ¿No lo ha visto por aquí?

-Está aquí dentro -indicó brevemente Crooks. Volvió a su camastro y se tendió.

Candy apareció en la puerta, rascándose el pelado muñón y mirando a ciegas el cuarto iluminado. No intentó entrar.

-Óigame, Lennie. He estado haciendo cuentas con esos conejos.

Crooks interrumpió irritado:

-Puede entrar, si quiere. Candy parecía incómodo.

-No sé. Claro, que si usted quiere...

-Vamos, entre. Si todo el mundo se mete aquí, también puede entrar usted. -Le era difícil ocultar su placer con muestras de ira.

Candy entró, pero seguía incómodo.

-Es un lindo cuartito éste -ponderó-. Debe ser lindo tener un cuarto para uno solo, como éste.

-Seguro -afirmó Crooks con ironía-. Y un montón de estiércol bajo la ventana. Seguro, es muy lindo. Lennie intervino:

-¿Qué decía de los conejos?

Candy se apoyó contra la pared, junto a la collera rota, y siguió rascándose el muñón.

-Hace muchos años que estoy aquí. Y Crooks también está aquí hace mucho. Ésta es la primera vez que entro en su cuarto.

-No son muchos los hombres -dijo sombríamente Crooks- que entran en el cuarto de un hombre de color. Aquí no ha entrado nadie más que Slim. Slim y el patrón. Candy cambió rápidamente de tema.

-Slim es el mejor tronquista que he conocido. Lennie se inclinó hacia el viejo barrendero. -Esos conejos... -insistió.

-Ya lo tengo calculado -sonrió Candy-. Podemos ganar algo de dinero con esos conejos si sabemos hacer las cosas.

-Pero yo tengo que cuidarlos -interrumpió Lennie-. George dice que yo los voy a cuidar. Me lo prometió. Crooks se entrometió brutalmente.

-Ustedes no hacen más que engañarse. No hacen más que hablar y hablar, pero no van a tener nunca esa tierra. Usted va a seguir barriendo aquí hasta que lo saquen en un cajón con los pies para adelante. Diablos, he visto ya a muchos como ustedes. Lennie, aquí, se irá del rancho y volverá al camino dentro de dos, tres semanas. Parece que todos tuvieran un terreno en la cabeza.

Candy se frotó iracundo la mejilla.

-Bien sabe Dios que es cierto. George dice que lo podemos hacer. Ya tenemos el dinero; lo tenemos ahora. -¿Sí? -dijo Crooks-. Y ¿dónde está George? En el pueblo, con mujeres. Allí es donde va a dar ese dinero. Jesús, muchas veces he visto lo mismo. He visto demasiados hombres con sus tierras en la cabeza. Pero nunca llegan a poner las manos en la tierra.

-Claro que todos quieren lo mismo -exclamó Candy-. Todos quieren un terrenito, no mucho. Apenas algo que sea de uno. Algo en que uno pueda vivir sin que lo echen. Yo nunca he tenido un campo. He sembrado para casi todos los dueños de tierra en el estado, pero no eran mías esas siembras, y al tiempo de las cosechas, cuando yo mismo las recogía, tampoco eran mías-Pero ahora es distinto, y tiene que creernos. George no se llevó el dinero. El dinero está en el banco. Yo y Lennie y George. Vamos a tener un cuarto para dormir. Vamos a tener un perro, y conejos, y gallinas. Vamos a plantar maíz, y tal vez tengamos una vaca o una cabra.

Se detuvo, abrumado por su pintura.

-¿Dice que ya tienen el dinero?

-Claro que sí. Casi todo. No nos falta más que un poco. Dentro de un mes lo tendremos todo. Y George ya ha elegido el campito, también.

Crooks dobló un brazo y se exploró la espalda con la mano.

-Nunca he sabido de un tipo que lo realizara -aseguró-. He visto hombres que estaban casi locos de tanto desear tierra propia, pero todas las veces las mujeres o los naipes se llevaban el dinero. -Vaciló un poco:- Si... si ustedes quisieran alguien que trabajara sin sueldo, sólo por casa y comida, yo podría ir a prestarles una mano. No soy tan lisiado como para no trabajar como cualquiera si me da la gana.

-¿Alguno de ustedes ha visto a Curley?

Los tres giraron la cabeza hacia la puerta. Allí estaba la mujer de Curley. Tenía la cara muy arreglada..Los labios,

levemente abiertos. Respiraba hondamente, como si hubiese venido corriendo.

-Curley no ha estado por aquí -contestó ásperamente Candy.

La mujer permaneció quieta en la puerta, sonriendo un poco, frotándose las uñas de una mano con el pulgar y el índice de la otra. Y sus ojos fueron de una cara a otra.

-Dejaron solamente a los que no sirven -dijo por fin-. ¿Creen que no sé adónde fueron? Hasta Curley. Sé muy bien adónde fueron.

Lennie la miraba fascinado, pero Candy y Crooks fruncían el ceño, gachas las cabezas, fuera de la mirada femenina.

-Entonces, si ya sabe -repuso Candy-, ¿por qué viene a preguntarnos dónde está Curley?

Ella lo miró como divertida.

-Es raro -dijo-. Si encuentro a un hombre, cualquiera, y está solo, me llevo muy bien con él. Pero en cuanto dos de ustedes están juntos, ya no quieren ni hablar. Se enojan y nada más.

Dejó caer los brazos y se puso las manos en las caderas.

-Todos se tienen miedo, eso es lo que pasa. Todos tienen miedo de que los demás les hagan algo.

Al cabo de una pausa intervino Crooks:

-Tal vez haría mejor en irse a su casa en seguida. No queremos líos,

-Bueno, yo no hago nada. ¿Se creen que no me gusta hablar con alguien de vez en cuando? ¿Se creen que me gusta estar siempre metida en esa casa?

Candy depositó el muñón de su muñeca en una rodilla y la frotó suavemente con la mano. Contestó, luego, en tono acusador:

-Usted tiene marido. No tiene por qué meterse con los demás, siempre haciendo líos.

La mujer se encolerizó.

-Claro que tengo marido. Todos lo han visto. Un hombre formidable, ¿verdad? Se pasa todo el tiempo diciendo lo que va a hacer con los tipos que no le gustan; y nadie le gusta. ¿Se creen que me voy a quedar metida en esa casita y escuchar cómo va a hacer Curley? Dos fintas con la izquierda, y después la derecha, esa derecha de antes, bien fuerte. "Uno-dos", dice. "El uno-dos famoso, y al suelo el tipo."

Hizo una pausa y su rostro perdió el enojo y se tornó interesado.

-Digan... ¿qué le pasó a Curley en la mano?

Hubo un silencio incómodo. Candy dirigió una mirada a Lennie. Luego tosió.

-Pero... si Curley... metió la mano en una máquina, señora. Se rompió la mano.

La mujer los miró por un instante y luego soltó una carcajada.

-¡Bah! ¡Cuentos! ¿Cree que me pueden engañar? Lo que pasa es que Curley quiso hacer algo y no pudo. Lo agarró una máquina... ¡tonterías! Qué, si desde que se rompió la mano no ha dicho una sola vez cómo va a entrar con el uno-dos. ¿Quién le rompió la mano?

Candy repitió empecinadamente:

-Se la agarró en una máquina.

-Bueno -dijo despreciativa la mujer-. Bueno, tápelo, si quiere. ¿Qué me importa? Ustedes creen que son muy buenos. ¿Qué piensan que soy yo, una nena? Les digo que podría estar trabajando en el teatro. Y no en cualquier cosa. Y un tipo me dijo que podía trabajar para el cine... -Había perdido el aliento por la indignación. Sábado por la noche. Todo el mundo afuera. ¡Todo el mundo! Y yo, ¿qué hago yo? Aquí hablando con tres pobres peones, tres momias: un negro y un imbécil y un viejo piojoso... Y tengo que conformarme porque no hay nadie más.

Lennie la miraba, semiabierta la boca. Crooks se había refugiado en la terrible dignidad protectora del negro. Pero se hizo un cambio sobre el viejo Candy. Se incorporó de pronto y volteó hacia atrás el cajón en que estaba sentado.

-¡Basta! -vociferó enfurecido-. Usted no hace falta aquí. Ya le pedimos que se fuera. Y le digo que se equivoca cuando dice lo que somos nosotros. No tiene, en esa cabeza de pájaro, sesos bastantes para comprender que no somos pobres peones. Háganos echar, si quiere. Haga la prueba. Se cree que nos vamos a ir por los caminos a buscar otro trabajo apestado como éste. No sabe que tenemos nuestro propio rancho, nuestra casa. No tenemos por qué quedarnos aquí. Tenemos una casa y gallinas y frutales y un campo cien veces más lindo que éste. Y tenemos amigos; eso es lo que tenemos. Tal vez hubo un tiempo en que nos asustaba que nos echaran, pero ahora no. Tenemos nuestra propia tierra, y es nuestra, y podemos vivir en ella.

La mujer de Curley se rió de él.

-¡Qué disparate! -exclamó-. Conozco bien a los hombres. Si tuvieran una moneda siquiera, ya habrían ido a comprar alcohol, y estarían lamiendo hasta el fondo del vaso. Ya los conozco bien.

Se había enrojecido cada vez más el rostro de Candy, pero antes de que la mujer terminara de hablar ya había conseguido dominarse. Era dueño de la situación.

-Debía haberlo sabido -reinició suavemente-. Tal vez sea mejor que se vaya a revolear las faldas por ahí. No tenemos nada que decirle, nada. Sabemos lo que somos y lo que tenemos, y nos importa muy poco si usted lo sabe o no. De manera que mejor haría en marcharse ya, porque tal vez no le guste a Curley que su mujer esté en el granero con unos pobres peones.

Miró la mujer de un rostro a otro, y todos estaban cerrados para ella. Y miró más largo a Lennie, hasta que le hizo bajar los ojos, abochornado. De pronto preguntó la mujer:

-¿Cómo se lastimó así en la cara? Lennie alzó la mirada culpable: -¿Quién... yo?

-Sí, usted.

Lennie volteó la cabeza hacia Candy en busca de auxilio, y después volvió a mirarse las rodillas.

-Una máquina le rompió la mano -aseguró. Rió la mujer de Curley.

-Está bien, Máquina. Ya hablaré después con usted. Me gustan las máquinas.

Candy intervino.

-Usted deja a este hombre en paz. No se meta con él. Voy a contarle a George todo lo que dice. George no la dejará meterse con Lennie.

-¿Quién es George? ¿Ese hombrecito que vino con usted?

Lennie sonrió con felicidad.

-Eso es -contestó-. Ese es George, y me va a dejar cuidar los conejos.

-Bueno, si todo lo que quiere es eso, yo podría conseguirle también un par de conejos.

Crooks se puso de pie y se irguió frente a la mujer.

-Ya basta -cortó fríamente-. Usted no tiene derecho a entrar en el cuarto de un hombre de color. No tiene derecho a acercarse siquiera aquí. Ahora se va, y se va pronto. Si no, voy a pedir al patrón que no la deje entrar más en el granero.

Ella se volvió hacia el peón, llena de desprecio.

-Escuche, negro -dijo-. ¿Sabe lo que soy capaz de hacer si vuelve a abrir la boca?

Crooks la miró desventuradamente, y luego se sentó en su camastro y se replegó dentro de sí.

La mujer se le acercó.

-¿Sabe lo que podría hacer yo?

Crooks pareció empequeñecerse, y se apretó contra la pared.

-Sí, señora.

-Bueno, guarde su lugar, entonces, negro. Me sería tan fácil, tan fácil hacerle colgar de un árbol, que ya no sería ni divertido.

Crooks se había reducido a la nada. No había personalidad, no había un yo: nada que despertase gusto o disgusto. Repitió:

-Sí, señora -y su voz no tenía tono.

Por un instante siguió ella de pie a su lado, como si esperara que se moviese para poder fustigarle otra vez: pero Crooks estaba perfectamente quieto, eludidos los ojos,

retirado todo lo que podía ser herido. Por fin la mujer se volvió hacia los otros dos.

El viejo Candy la miraba, fascinado.

Librodot

-Si llegara a hacer eso -dijo suavemente- nosotros contaríamos todo.

-Cuenten, qué diablos -exclamó la mujer-. Nadie los escucharía, y usted lo sabe muy bien. Nadie los escucharía.

Candy cedió.

-No... -convino-. Nadie nos escucharía.

-Quiero que venga George -lloriqueó Lennie-. Quiero que vuelva George.

Candy se acercó a él.

-No se aflija. Acabo de oírlos regresar. George debe estar en el cuarto de peones ya, con todos los demás. -Se volvió hacia la mujer de Curley- Mejor haría en irse ahora -aconsejó despaciosamente-. Si se va ahora, no le diremos a Curley que estuvo aquí.

Ella lo escrutó fríamente.

-No estoy muy segura de que los haya oído volver.

-Mejor es que me crea. Si no está segura, váyase para no correr el riesgo.

La mujer se volvió hacia Lennie.

-Me alegro de que haya golpeado un poco a Curley. Se lo estaba buscando. A veces yo misma querría golpearlo. Se deslizó por la puerta y desapareció en el oscuro granero. Y mientras pasaba por el establo repicaron las cadenas de los ronzales, y algunos caballos resoplaron y otros golpearon los cascos.

Crooks pareció salir lentamente de las capas de protección en que se había envuelto.

-¿Es cierto que oyó que volvían los muchachos? -preguntó.

-Claro que los oí.

-Bueno, yo no oí nada.

-La puerta golpeó hace un rato -informó Candy, y continuó-: Jesucristo, qué poco ruido hace esa mujer para moverse. Supongo que habrá practicado mucho.

Crooks eludió ahora todo el tema.

-Tal vez será mejor que se vayan -sugirió-. Me parece que no quiero que estén más aquí. Un hombre de color debe tener algunos derechos, aunque no les guste.

-Esa perra -comentó Candy- no debió decirle eso.

-No es nada -expresó apagadamente Crooks-. Ustedes me hicieron olvidar, al venir a sentarse aquí. Lo que ella dice es la verdad.

Los caballos resoplaron en el establo y las cadenas repicaron, y una voz llamó:

-Lennie. Eh, Lennie. Estás aquí?

-Es George -gritó Lennie. Y respondió-: Aquí, George. Aquí estoy.

Un segundo más tarde George aparecía en la puerta, desde la que miró a su alrededor, desaprobando.

-¿Qué estás haciendo en el cuarto de Crooks? No debías haber venido aquí.

Crooks asintió.

-Así les dije, pero entraron de todos modos.

-Bueno, ¿por qué no los echó a patadas?

-No me molestaban -repuso Crooks-. Lennie es un buen tipo.

Ahora despertó Candy.

-¡Ah, George! He estado haciendo cuentas y cuentas. Ya he calculado cómo podremos ganar dinero con esos conejos.

George frunció el ceño.

-Me parece que les dije que no hablaran de eso con nadie.

-No hablamos más que con Crooks -explicó Candy, alicaído.

-Bueno -dijo George-. Ahora los dos se marchan de aquí. Parece que no puedo irme ni por un minuto, Dios mío.

Candy y Lennie se pusieron de pie y fueron hacia la puerta. Crooks llamó:

-¡Candy!

-¿Eh?

-¿Se acuerda de lo que dije? ¿Del trabajo que podía hacer yo?

-Sí. Me acuerdo.

-Bueno, no se acuerde más. No quise decir eso. Estaba bromeando. No me gustaría ir a un sitio así.

-Bueno, bueno, si ahora piensa así... Buenas noches. Los tres hombres salieron. Al pasar por el establo los caballos resoplaron y repicaron las cadenas de los ronzales. Crooks se sentó en su camastro y miró por un momento a la puerta, y luego buscó el frasco de linimento. Se levantó la camisa hasta el cuello, vertió un poco de linimento en la rosada palma y, estirando el brazo en una curva, se puso lentamente a frotarse la espalda.

CAPÍTULO V

Un extremo del enorme granero estaba ocupado por una alta pilada de heno nuevo y sobre la pilada pendía la horquilla mecánica de cuatro puntas, suspendida de su polea. El heno caía como la ladera de una montaña hacia el otro extremo del granero, y había un sitio a nivel, no ocupado todavía por la nueva cosecha. A los lados se veían los pesebres, y entre las barras de cada uno se distinguían las cabezas de los caballos.

Era domingo de tarde. Los caballos en descanso mordisqueaban las restantes hojas de heno, y golpeaban los cascos y mordían la madera del pesebre y hacían sonar las cadenas de los ronzales. El sol de la tarde penetraba por las grietas de las paredes del granero y yacía en brillantes líneas sobre el heno. Había en el aire un zumbido de moscas, el perezoso susurro de la tarde.

Desde afuera llegaba el tañido de las herraduras en la estaca de juego y los clamores de los hombres, para jugar, para alentar, para mofarse. Pero en el granero había calma y zumbido y pereza y calor.

Sólo Lennie estaba en el granero, y Lennie se había sentado en el heno, junto a un cajón y bajo un pesebre, en el extremo del granero no ocupado todavía por el heno. Lennie. sentado sobre el heno, miraba a un perrito muerto que yacía frente a él. Lo miró largo tiempo, luego extendió su mano enorme y lo acarició, lo acarició desde la cabeza a la cola.

Y Lennie dijo suavemente al cachorrito:

-¿Por qué has tenido que morirte? No eres tan chico como los ratones. No te pegué muy fuerte.

Dobló hacia arriba la cabeza del cachorro y siguió hablándole:

-Ahora puede ser que George no me deje cuidar los conejos, si descubre que has muerto.

Excavó un hueco en la paja y metió en él al cachorro, y lo cubrió con heno, hasta ocultarlo; pero siguió mirando el montículo que había hecho.

-Esto -continuó- no es algo tan malo como para tener que esconderme en el matorral. ¡Oh, no! No es para tanto. Le diré a George que te encontré muerto.

Desenterró el cachorro y lo inspeccionó, y volvió a acariciarlo desde las orejas a la cola. Y prosiguió acongojado: -Pero lo va a saber. George siempre sabe. Me va a decir: "Tú lo mataste. No trates de engañarme". Y me va a decir: "Ahora, no vas a cuidar los conejos".

De pronto, se encendió su ira.

-¡Maldito seas! -exclamó-. ¿Por qué has tenido que ir y morirte? No eres tan chico como los ratones. Levantó el perrito y lo arrojó a lo lejos. Le volvió la espalda. Se sentó, muy doblado el busto sobre las rodillas, y murmuró:

-Ahora no me van a dejar que cuide los conejos. Ahora George no me va a dejar.

Se inclinó hacia adelante .y atrás, meciéndose en su desventura.

Desde afuera llegaba el tañido de las herraduras en la estaca de hierro, y luego un breve coro de gritos. Lennie se incorporó y buscó el perrito, lo tendió en el heno y se sentó. Volvió a acariciar el cachorro.

-No eras bastante grande -susurró-. Me dijeron y me dijeron que todavía no eras grande. Yo no sabía que ibas a morir tan fácil.

Tomó con sus dedos la fláccida oreja del perrito.

-Quizá George no se enoje -se consoló-. Este condenado hijo de perra no era nada para George. A lo mejor no le importa.

La mujer de Curley apareció volviendo el extremo del último pesebre. Caminaba muy lentamente, de modo que Lennie no la vio. Llevaba su vistoso vestido de algodón y las chinelas con rojas plumas de avestruz. La cara estaba muy arreglada, y los bucles, como salchichas, dispuestos cuidadosamente. Llegó muy cerca de Lennie antes de que éste alzara la mirada y la viera.

Lleno de pánico, echó heno sobre el cachorro, con los dedos. Luego alzó hacia la mujer su arisca mirada.

-¿Qué tiene ahí, hijito?-preguntó ella.

Lennie la miraba con enojo.

-George dice que no tengo nada que ver con usted; que no le hable, ni nada.

-¿George -rió ella- le da órdenes para todo? Lennie bajó la vista hacia el heno.

-Dice que no podré cuidar los conejos si le hablo, o cualquier cosa.

-George -opinó tranquilamente la mujer- tiene miedo de que Curley se enoje. Bueno, Curley tiene el brazo en cabrestillo... y si se enoja, bien puede romperle usted la otra mano. No me van a engañar con eso de que una máquina le agarró la mano.

Pero Lennie no cedía.

-No, señor. No voy a hablar con usted, ni nada. Ella se arrodilló en el heno, a su lado.

-Escuche. Todos los muchachos están jugando un campeonato de herraduras. No son más que las cuatro. Ninguno de los muchachos va a dejar de jugar. ¿Por qué no puedo hablar un poco con usted? Nunca hablo con nadie. Me siento tan sola...

-Bueno -dijo Lennie-, pero yo no debo hablar con usted, ni nada.

-Me siento muy sola. Usted puede hablar con cualquiera, pero yo no puedo hablar más que con Curley. Si no, se enoja. ¿Le gustaría no poder hablar con nadie?

-Bueno, pero yo no debo hablar. George tiene miedo de que me meta en líos.

Cambió ella de tema.

-¿Qué es lo que ha tapado ahí? Entonces volvió a Lennie toda su pena.

-No es más que mi cachorro -murmuró tristemente-. Mi cachorrito.

Y quitó el heno que lo cubría.

-¡Pero, si está rnuerto!

-Era tan chico. Yo estaba jugando con él, nada más... y él hizo como para morderme... y yo hice como que le pegaba... y... y le pegué. Y entonces se murió.

-No se aflija -lo consoló la mujer-. Era un perro cualquiera. Puede conseguir otro en cualquier parte. Los hay a montones.

-No es tanto eso -explicó Lennie lentamente-. George no me va a dejar cuidar los conejos ahora.

-¿Por qué?

-Porque me dijo que si hago más disparates no me va a dejar cuidar los conejos.

Ella se le acercó más y le habló con voz mitigante. -No se preocupe por hablar conmigo. Escuche cómo gritan los muchachos ahí afuera. Han apostado cuatro dólares en ese campeonato. Ninguno de ellos va a venir hasta que terminen de jugar.

-Si George me ve hablando con usted, me va a retar mucho -dijo Lennie cautelosamente-. El mismo me lo dijo.

Se enfureció el rostro de la mujer.

-¿Qué tengo yo? -gritó-. ¿No tengo derecho a hablar con nadie? ¿Qué se creen que soy, pues? Usted es un buen hombre. No sé por qué no puedo conversar con usted. No le hago ningún mal.

-Bueno, George dijo que nos va a meter en un lío. -¡Bah, qué estupidez! ¿Qué mal le hago? Parece que a ninguno le importa cómo tengo que vivir yo. Le digo que no estoy acostumbrada a vivir así. Yo podía haber hecho otra vida. -Y luego, sombríamente:- Quizá pueda todavía. -Y entonces sus palabras se derramaron en una pasión comunicativa, como si se apresurara antes de que le pudieran quitar el oyente.- Yo vivía en Salinas, en el mismo pueblo. Llegué cuando era muy chica. Bueno, pasó una compañía de teatro y conocí a uno de los actores. Me dijo que podía ir con la compañía. Pero mi vieja no me dejó. Dice que era porque yo tenía quince años solamente. Pero el hombre dijo que yo podía ir.

Si hubiera ido, no estaría viviendo como ahora, puede estar seguro.

Lennie acarició y acarició su cachorro.

-Vamos a tener un campito... y conejos -explicó.

-Otra vez -prosiguió ella rápidamente con su relato, antes de que la interrumpieran- conocí a un hombre que estaba en el cine. Fui al Palacio de la Danza con él. Me dijo que iba a hacerme trabajar en el cine. Dijo que yo había nacido para artista. Tan pronto como volviera a Hollywood me iba a escribir. -Miró fijamente a Lennie para ver si estaba impresionado.- La carta nunca me llegó. Siempre he creído que mi vieja la robó. Bueno, yo no iba a quedarme en un lugar donde no podía ir a ninguna parte para ser algo, y donde me robaban las cartas. Le pregunté si me la había robado, y me dijo que no. Entonces me casé con Curley. Lo conocí en el Palacio de la Danza esa misma noche. ¿Me oye?

-¿Yo? Claro.

-Bueno. Esto no se lo he contado a nadie. Quizá no tenga que decirlo. Pero no me gusta ese Curley. No me gusta. -Y porque había puesto su confianza en Lennie, se acercó a él y se sentó a su lado.- Podría estar ahora en el cine, con lindos vestidos, como tienen todas las artistas. Y podría ir a esos hoteles tan grandes, y retratarme. Y en los estrenos podría ir yo, y hablar por radio, y no me costaría un centavo. Vestidos tan lindos como tienen todas ellas. Porque ese hombre dice que yo había nacido para artista.

Alzó la mirada hacia Lennie e hizo un pequeño ademán grandioso con el brazo y la mano para demostrar su arte. Los dedos siguieron a la muñeca doblada, y el meñique se separó exageradamente de los demás.

Lennie suspiró hondamente. Desde afuera llegó el tañido de una herradura sobre el metal, y luego un coro de vítores.

-Alguien embocó -dijo la mujer de Curley.

Se iba elevando ahora la luz, al caer el sol, y las líneas de sol trepaban por las paredes y caían en los pesebres y en las cabezas de los caballos.

-Tal vez -susurró Lennie- si llevara este perrito y lo tirara muy lejos, George no se enteraría. Y entonces podría cuidar los conejos.

-¿Usted no piensa más que en conejos? -inquirió con rabia la mujer de Curley.

-Vamos a tener un campito -informó pacientemente Lennie-. Vamos a tener una casa y una huerta y un cuadro de alfalfa, y esa alfalfa es para los conejos, y yo voy a llevar un montón de alfalfa para los conejos.

-¿Por qué le gustan tanto los conejos? -preguntó ella. Lennie tuvo que pensar cuidadosamente antes de llegar a una conclusión. Se acercó cautelosamente a la mujer, hasta quedar junto a ella.

-Me gusta acariciarlos. Una vez en una feria vi unos de ésos con el pelo muy largo. Y eran lindos, sí señor. A veces acaricio ratones, pero sólo cuando no consigo algo mejor.

La mujer de Curley se separó un poco del hombre y opinó:

-Me parece que usted está loco.

-No, no es cierto -explicó diligentemente Lennie-. George dice que no estoy loco. Me gusta acariciar cosas lindas con los dedos, cosas suaves.

-Bueno -dijo la mujer, algo tranquilizada-, ¿a quién no le gusta? A todo el mundo le gusta. A mí me gusta palpar la seda y el terciopelo. ¿A usted le gusta tocar terciopelo?

-Claro que sí, por Dios -repuso Lennie riendo de placer-. Y también tuve un poco, hace tiempo. Una señora me dio un poco, y esa señora era... mi tía Clara. Me lo regaló... un pedazo así de grande. Me gustaría tener ahora ese terciopelo. -Se le arrugó el ceño.- Lo perdí. Hace mucho que no lo veo.

-Está loco de remate -se rió de él la mujer de Curley-. Pero no es malo. Como un niño grande. Pero una puede comprender lo que dice. A veces, cuando me peino, me quedo sentada acariciándome el cabello porque es tan suave. -Para mostrar cómo lo hacía, se pasó los dedos sobre lo alto de la cabeza.- Hay quienes tienen el pelo muy áspero -comenzó complacida-. Como Curley. Tiene el pelo como alambre. Pero el mío es lindo y sedoso. Claro que me lo cepillo mucho. Por eso es lindo. Vea... pase la mano por aquí. -Tomó la mano de Lennie y se la llevó sobre la cabeza.- Toque aquí y vea qué sedoso es.

Los grandes dedos de Lennie empezaron a acariciarle el cabello.

-No me lo enrede -pidió la mujer.

-¡Oh, qué lindo! -exclamó Lennie, y acarició con más fuerza-. ¡Qué lindo!

-Cuidado, ahora, me lo va a enredar. -Y luego gritó furiosa la mujer:- ¡Basta ya, me va a enredar todo el cabello! -Hizo bruscamente a un lado la cabeza, y los dedos de Lennie se cerraron en sus cabellos y los apretaron.

-¡Suelte! ¡Suélteme, le digo!

Lennie estaba en un pánico. Se contorsionó su rostro. Gritó entonces la mujer, y la otra mano de Lennie se cerró sobre su boca y su nariz.

-No, por favor -rogó-. ¡Oh! Por favor, no haga eso. George se va a enojar.

Ella luchó violentamente bajo las manos enormes. Se sacudieron sus pies sobre el heno, y serpenteó todo su cuerpo para librarse; y por debajo de la mano de Lennie surgió un chillido ahogado. Lennie empezó a gritar de terror:

-¡Oh! Por favor, no haga eso -volvió a rogar-. George va a decir que hice un disparate. No me va a dejar que cuide los conejos. -Movió un poco la mano, y surgió un áspero grito. Entonces Lennie se encolerizó.- Le he dicho que no. No quiero que grite. Me va a meter en un lío, como dijo George. No haga eso. -Y ella continuó luchando, desorbitados de terror los ojos.- No siga gritando -dijo Lennie, y la sacudió; y el cuerpo de la mujer se movió fláccidamente, como un pez. Y luego quedó quieta, porque Lennie le había quebrado el cuello.

Lennie la miró, y con mucho cuidado quitó la mano de la boca, y ella quedó quieta.

-No quiero lastimarla -murmuró- pero George se va a enojar si la oye gritar.

Cuando advirtió que no le respondía ni se movía, se inclinó muy cerca de ella. Levantó el brazo de la mujer y lo dejó caer. Por un instante pareció atónito. Y luego murmuró aterrorizado:

-He hecho algo malo. He vuelto a hacer algo malo. Con sus manazas cavó el heno hasta cubrir en parte el cuerpo femenino. Desde afuera llegó un clamor de hombres y un doble tañido de herraduras sobre metal. Por primera vez tuvo Lennie conciencia del exterior. Se agazapó en el heno y escuchó.

-Ahora sí que hice algo muy malo -repitió-. No debía hacer eso. George se va a enojar. Y.. me dijo... esconderme en el matorral hasta que él llegue. Se va a enojar. En el matorral hasta que él llegue. Eso es lo que dijo. -Retrocedió y miró a la mujer muerta. El cachorro yacía junto a ella. Lennie lo recogió.- Lo voy a tirar muy lejos. Con ésta ya es bastante. -Se puso el cachorro bajo el saco, y fue agazapado hasta la pared del granero, y espió por las hendijas, hacia el juego de herradura. Luego se deslizó en torno al extremo del último pesebre y desapareció.

Las líneas del sol estaban ya muy altas en la pared, y la luz se suavizaba en el granero. La mujer de Curley yacía de espaldas, cubierta a medias por el heno.

Muy tranquilo estaba el granero, y la quietud de la tarde se había hecho sobre el rancho. Hasta el tañido de las herraduras, hasta las voces de los hombres que jugaban parecían haberse vuelto más callados. El aire del granero era crepuscular por adelantado a la marcha del día exterior. Una paloma entró volando por la puerta y luego de trazar un círculo se marchó volando. En torno al último pesebre vino una perra ovejera, flaca y larga, con ubres pesadas, pendientes. A mitad del camino hacia el cajón donde estaban los cachorros captó el olor a muerte de la mujer de Curley, y se le erizó el pelo a lo largo del lomo. Dio un gemido y se acercó temerosa al cajón, y saltó entre sus cachorros.

La mujer de Curley yacía a medias cubierta por el heno amarillo. Y la mezquindad y los planes y el descontento y el ansia de ser atendida habían desaparecido de su rostro. Estaba muy bella y sencilla, y su cara era dulce y joven. Sus mejillas pintadas y sus enrojecidos labios la hacían parecer viva ahora, muy levemente dormida. Los bucles, diminutos rollos, estaban tendidos sobre el heno tras la cabeza; los labios, entreabiertos.

Como a veces ocurre, un momento se asentó, rondó y permaneció por mucho más que un momento. Y el sonido se detuvo, y el momento se detuvo por mucho, mucho más que un momento.

Luego, gradualmente, despertó otra vez el tiempo y prosiguió perezosamente su marcha. Los caballos golpearon los cascos del otro lado de los pesebres, y repicaron las cadenas de los ronzales. Fuera, las voces de los hombres se hicieron más fuertes y más claras.

Llegó la voz de Candy desde el extremo del último pesebre.

-Lennie -llamó-. ¡Eh, Lennie! ¿Estás aquí? He estado haciendo más cuentas. Te diré !o que podemos hacer, Lennie.

Apareció el viejo Candy en torno al último pesebre.

-¡Eh, Lennie! -llamó otra vez; y entonces se detuvo, y se atiesó su cuerpo. Frotó la tersa muñeca sobre la espesa barba blanca-. No sabía que usted estaba aquí -dijo a la mujer de Curley.

Al no tener respuesta, se acercó más.

-No debería dormir aquí -expresó con desaprobación: y entonces estuvo a su lado y...- ¡Oh, Jesucristo! -Miró a su alrededor, azorado, y se frotó la barba. Luego saltó y salió rápidamente del granero.

Pero el granero estaba vivo ahora. Los caballos coceaban y resoplaban, masticaban la paja de sus camas, y repicaban las cadenas de sus ronzales. Al momento volvió Candy, y George estaba con él.

-¿Para qué me quería ver? -preguntó George. Candy señaló a la mujer de Curley. George la miró con ojos muy abiertos.

-¿Qué le pasa? -preguntó. Se acercó más y entonces repitió las palabras de Candy-: ¡Oh, Jesucristo! -Se puso de rodillas al lado del cuerpo tendido. Le colocó una mano sobre el corazón. Y por fin, cuando se incorporó, lentamente, tiesamente, su rostro estaba duro y prieto como madera, y sus ojos estaban duros.

-¿Qué le pasó? -inquirió Candy.

-¿No se lo imagina? -repuso George, mirándolo fríamente. Y Candy guardó silencio-. Yo debía haberlo sabido -masculló George desesperanzado-. Tal vez allí, muy en lo hondo, lo sabía.

-¿Qué vamos a hacer ahora, George? -exclamó Candy-. ¿Qué vamos a hacer?

George tardó mucho en responder.

-Creo... tendremos que decírselo a los... muchachos. Creo que vamos a tener que encontrarlo y encerrarlo. No podemos dejar que se escape. Qué, si el pobre diablo se moriría de hambre. -Y luego trató de consolarse.- Tal vez lo encierren y sean buenos con él.

Pero Candy afirmó, excitado:

-No tenemos que dejar que se escape. Usted no conoce a ese Curley. Curley va a querer que lo linchen. Curley va a hacer que lo maten.

George miró los labios de Candy. Por fin dijo:

-Sí, es cierto. Curley va a querer que lo maten. Y los demás lo van a matar. -Y volvió la mirada a la mujer de Curley.

Ahora Candy habló de su más grande temor:

-Usted y yo podemos comprar el campito, ¿verdad, George? Usted y yo podemos ir y vivir bien allí, ¿verdad, George? ¿Verdad, George?

Antes de que George respondiera, Candy dejó caer la cabeza y miró el heno. Ya sabía.

-Creo -murmuró George- que yo lo sabía desde el primer momento. Creo que ya sabía que jamás podríamos hacerlo. Le gustaba tanto oír hablar de eso, que yo llegué a pensar que quizá lo hiciéramos.

-Entonces, ¿se acabó todo? -preguntó Candy, huraño.

George no respondió a la pregunta. Dijo, en cambio: -Trabajaré todo el mes, y cobraré mis cincuenta dólares y me pasaré la noche entera entre las mujeres de alguna casa piojosa. O me quedaré en una sala de juego hasta que todos los demás se vayan. Y entonces volveré y trabajaré otro mes, y cobraré otros cincuenta dólares.

-Es tan bueno -ponderó Candy-. Es un hombre tan bueno... No creí jamás que podría hacer una cosa así. -Lennie no lo hizo de malo -aseguró George, que miraba todavía a la mujer de Curley-. Muchas veces ha hecho cosas malas. pero nunca por ser malo. -Se irguió y miró a Candy- Óigame, ahora. Tenemos que decirles a los muchachos. Supongo que lo querrán detener. No hay remedio. Quizá no le hagan daño. -Y luego, bruscamente:- No voy a dejar que le hagan nada. Escuche, ahora. Los muchachos pueden creer que yo estuve metido en esto. Ahora me voy al cuarto de los peones. Usted salga dentro de un minuto, para decir a los muchachos lo que pasó, y entonces yo vengo y hago como que no sé nada. ¿Quiere hacer como le digo? Así los muchachos no pensarán que yo andaba en esto.

-Claro, George -asintió Candy-. Claro que puedo.

-Bien. Déme un par de minutos, entonces, y salga corriendo y diga que acaba de encontrarla. Ya me voy. George se volvió y salió rápidamente del granero. El viejo

Candy lo siguió con la vista. Después miró desventuradamente a la mujer de Curley y. gradualmente, su pena y su ira cobraron expresión:

-Perra maldita -exclamó rencorosamente-. Ya hiciste lo que querías, ¿verdad? Supongo que estarás contenta. Todos sabíamos que eras la ruina. No servías para nada. Y ahora no sirves para nada, perra piojosa. -Tuvo un sollozo y se le quebró la voz.- Yo podía haber cuidado la huerta y lavar los platos para ellos. -Hizo una pausa y prosiguió en un canturreo. Y repitió las palabras consabidas:- Si llega un circo o hay un partido de pelota... podemos ir a verlo... no hacemos más que decir "al diablo con el trabajo"... y vamos, nada más. No tenemos que pedir permiso a nadie. Y podíamos tener una vaca y gallinas... y en invierno... la cocina... y la lluvia en el techo... y nosotros allí sentados. -Se cegaron sus ojos por las lágrimas, y se volvió, y salió débilmente del granero, y al marchar se frotaba la cerdosa barba con el muñón del brazo.

Afuera se detuvo el ruido del juego. Hubo voces alzadas en interrogación, un tamborileo de pies al correr, y los hombres irrumpieron en el granero. Slim y Carlson y el joven Whit y Curley, y Crooks más atrás, para quedar fuera de la atención de los otros. Candy llegó tras ellos, y el último de todos fue George. George se había puesto su chaqueta de estameña azul y la había abrochado, y su negro sombrero estaba muy metido sobre los ojos. Los hombres corrieron en torno al último pesebre. Encontraron sus ojos a la mujer de Curley en la semioscuridad, se detuvieron todos y quedaron quietos y miraron.

Luego Slim se acercó lentamente a la mujer, y le palpó la muñeca. Un dedo flaco tocó la mejilla, y luego la mano bajó a la nuca torcida lentamente y los dedos exploraron el cuello. Cuando Slim se irguió, los hombres se acercaron y el encanto quedó roto.

Curley volvió de pronto a la vida.

-Yo sé quién ha sido -exclamó-. Ese grandote maldito, ese hijo de perra fue quien la mató. Yo sé que fue él. Qué, si todos los demás estaban allí, jugando a las herraduras. -Fue cobrando ira.- Pero ya se verá conmigo. Voy a buscar la escopeta. Yo mismo lo mataré, maldito hijo de perra. Le abriré las tripas a tiros. Vamos, muchachos.

Corrió desaforadamente fuera del granero. Carlson dijo:

-Voy a buscar mi Luger -y también salió corriendo. Slim se volvió despaciosamente hacia George.

-Creo que fue Lennie -afirmó-. Tiene el cuello roto. Lennie es capaz de hacer eso.

George no respondió, pero asintió lentamente con la cabeza. Tan metido tenía el sombrero sobre la frente, que le cubría los ojos.

-Tal vez -siguió Slim- haya sido como lo que ocurrió en Weed, como usted me contaba.

Volvió a asentir George. Slim suspiró:

-Bueno, creo que tendremos que encontrarlo. ¿Por dónde le parece que habrá ido?

Pareció que George necesitaba un rato para soltar sus palabras.

-Habrá... habrá ido para el sur. Veníamos del norte de modo que habrá ido para el sur.

-Creo que tendremos que encontrarlo -repitió Slim. George se acercó a él.

-¿No podríamos traerlo aquí, quizás, y encerrarlo? Está loco, Slim. Esto no lo ha hecho por maldad.

-Sí, podríamos -asintió Slim-. Si consiguiéramos tener aquí a Curley, podríamos hacerlo. Pero Curley va a querer matarlo. Curley está furioso todavía por esa mano. Y aunque lo encierren y lo aten y lo pongan en una jaula. Eso sería peor, George.

-Ya sé -murmuró George-. Ya sé. Carlson entró corriendo.

-Ese perro me ha robado mi Luger -gritó-. No está en la bolsa.

Curley lo seguía, y Curley portaba una escopeta en la mano sana. Curley estaba en calma ya.

-Bueno, muchachos -dijo-. El negro tiene una escopeta. Llévela usted, Carlson. Cuando lo vea, no le tenga lástima. Tírele a las tripas. Eso lo va a voltear.

-Yo no tengo armas -saltó Whit excitado.

-Usted vaya a Soledad y busque a la policía. Busque a Al Wilts, que es el jefe. Vamos ya. -Curley se volvió sospechosamente a George- Usted viene con nosotros, oiga.

-Sí -consintió George-. Voy. Pero escuche, Curley. Ese pobre diablo está loco. No lo maten. No sabía qué hacía.

-¿Que no lo matemos? -exclamó Curley-. Tiene la pistola de Carlson. Es claro que lo vamos a matar.

-Tal vez Carlson haya perdido su pistola -sugirió débilmente George.

-Esta mañana la vi -aseguró Carlson-. No, me la han sacado.

Slim seguía mirando a la mujer. Por fin, se dirigió a Curley:

-Curley... quizá sería mejor que usted se quedara con su mujer.

-No, yo voy también -repuso Curley, enrojecida la cara-. Yo mismo haré volar las tripas a ese hijo de perra, aunque sea con una sola mano. Yo mismo lo voy a matar.

-Entonces -dijo Slim volviéndose hacia Candy- quédese usted con ella, Candy. Los demás podríamos ir saliendo ya.

Todos empezaron a caminar. George se detuvo un momento junto a Candy y los dos miraron a la mujer muerta, hasta que Curley llamó:

-¡Usted, George! Tiene que venir con nosotros, para que nadie crea que ha tenido algo que ver con esto. George caminó lentamente tras los otros, y sus pies se arrastraban pesadamente.

Y cuando todos se hubieron alejado, Candy se puso en cuclillas sobre el heno y escrutó la cara de la mujer de Curley.

-¡Pobre diablo! -susurró dulcemente.

El ruido de los pasos de los hombres se hizo más lejano. El granero se oscurecía gradualmente y, en sus pesebres, los caballos movían las patas y repicaban las cadenas de los ronzales. El viejo Candy se tendió en el heno y se cubrió los ojos con un brazo.

CAPÍTULO VI

La honda laguna verde del Río Salinas estaba muy calma en la caída de la tarde. Ya el sol había dejado el valle para ir trepando las laderas de las montañas Gabilán, y las cumbres estaban rosadas de sol. Pero junto a la laguna, entre los veteados sicomoros, había caído una sombra placentera.

Una culebra de agua se deslizó tersamente por la laguna, doblando de un lado a otro su cabeza de periscopio; y nadó todo el largo de la laguna y llegó hasta las patas de una garza inmóvil que estaba de pie en los bajos. Una cabeza y un pico silenciosos bajaron como una lanza y tornaron a la culebra por la cabeza, y el pico tragó el reptil mientras la cola se agitaba frenéticamente.

Dejóse oír una lejana ráfaga de viento, y el aire se movió por las copas de los árboles como una ola. Las hojas de sicomoro volvieron hacia arriba sus dorsos de plata; las hojas parduscas, secas, sobre la tierra, revolotearon un poco. Y filas sucesivas de onditas surcaron la verde superficie del agua.

Tan rápido como había llegado, murió el viento, y el claro quedó otra vez en calma. En los bajíos estaba la garza, inmóvil y esperando. Otra culebrita de agua nadó por la laguna, volviendo de un lado a otro su cabeza de periscopio.

De pronto apareció Lennie entre los matorrales, y llegó tan en silencio como se mueve un oso en acecho.

La garza castigó el aire con sus alas, se alzó fuera del agua y voló río abajo. La culebrita se deslizó entre los juncos de la orilla.

Lennie se acercó silenciosamente al borde de la laguna. Se arrodilló y bebió, tocando apenas el agua con los labios. Cuando un pajarito corrió a saltos por las hojas secas a su espalda, irguió de repente la cabeza y buscó el sonido con ojos y oídos hasta que vio el ave, y luego volvió a inclinar la cabeza y a beber.

Cuando hubo terminado se sentó en la orilla dando el costado a la laguna, de manera de poder vigilar la entrada del sendero. Se abrazó las rodillas y en ellas apoyó el mentón.

Siguió trepando la luz fuera del valle, y al irse, las cimas de las montañas parecieron encenderse en un brillo creciente.

-No me olvidé, no señor -dijo suavemente Lennie-. Diablo. Esconderme en el matorral y esperar a George.-Tironeó del sombrero para bajarlo más sobre los ojos.- George me va a retar. George va a decir que le gustaría estar solo, sin que yo lo molestara tanto. -Volvió la cabeza y miró a las encendidas cumbres de las montañas.- Puedo irme para allí y encontrar una cueva. -Y continuó tristemente:- Y no tendré nunca salsa de tomates... pero no me importa. Si George no me quiere... me iré. Me iré.

Y entonces salió de la cabeza de Lennie una viejecilla gorda. Usaba gruesos lentes y un enorme delantal de cretona con bolsillos, y estaba almidonada y limpia. Púsose frente a Lennie, se llevó las manos a las caderas, y lo miró desaprobadora, con el ceño fruncido. Y cuando habló, lo hizo con la voz de Lennie.

-Te lo dije y te lo dije. Mil veces te dije: "Obedece a George, porque es bueno y te cuida." Pero a ti no te importa. Siempre haciendo disparates.

Y Lennie respondió:

-Lo quise obedecer, tía Clara, señora. Quise y quise. No pude evitarlo.

-Nunca piensas en George -siguió la viejecilla con la voz de Lennie-. Y él, siempre cuidándote. Cuando él consigue un trozo de torta, te da siempre la mitad, y más de la mitad. Y si hay salsa de tomates, te la da toda.

-Ya lo sé -murmuró Lennie lastimeramente-. Quise portarme bien, tía Clara. Quise y quise.

Ella interrumpió:

-¡Y George podría pasarlo tan bien si no fuera por ti! Cobraría su sueldo y se divertiría como un loco con las mujeres en cualquier casa del pueblo, y se pasaría la noche jugando a los dados y al billar. Pero tiene que cuidarte a ti.

-Ya lo sé, tía Clara -gimió Lennie abrumado de pena-. Me voy a ir a las montañas y encontraré una cueva y viviré allí para no darle más trabajo a George.

-Sí, eso es lo que dices -exclamó bruscamente la viejecilla-. No haces más que decir eso, y bien sabes, condenado, que jamás lo vas a hacer. Te vas a quedar junto a él y le vas a hacer la vida un infierno, siempre, siempre.

-Bien podría irme -susurró Lennie-. George no me va a dejar cuidar los conejos ahora.

Desapareció la tía Clara, y de la cabeza de Lennie surgió un conejo gigantesco. Se sentó frente a él, y agitó las orejas y encogió el hocico. Y habló también con la voz de Lennie.

-Cuidar los conejos -dijo burlonamente-. Eres tan chiflado que no sirves ni para lustrar las botas de un conejo. Los olvidarías y les dejarías pasar hambre. Eso es lo que harías. Y entonces, ¿qué pensaría George?

-Yo no me olvidaría -repuso Lennie enérgicamente.

-Diablos que no -insistió el conejo-. No vales siquiera el asador con que te tostarán en el infierno. Bien sabe Dios que George ha hecho todo lo posible por sacarte del pantano; pero de nada vale. Si crees que George te va a dejar cuidar los conejos, estás más loco que antes. No te va a dejar. Te va a moler los huesos con un palo, eso es lo que va a hacer.

Ahora respondió agresivamente Lennie:

-No, no va a hacer nada de eso. George no va a hacer eso. Conozco a George desde... ya me olvidé desde cuándo... y jamás me ha alzado la mano con un palo. Es bueno conmigo. No va a ser malo ahora.

-Bueno, pero está harto de ti. Te va a moler a palos, y después te va a dejar solo.

-No -gritó frenéticamente Lennie-. No va a hacer nada de eso. Yo conozco a George. Yo y él trabajamos juntos.

Pero el conejo repitió suavemente, una y otra vez: -Te va a dejar solo, chiflado. Te va a dejar solo. Te va a dejar, chiflado.

Lennie se tapó las orejas con las manos.

-No. Le digo que no -gritó. Y luego-: ¡Oh, George! George... ¡George!

George salió silenciosamente de los matorrales y el conejo corrió a meterse otra vez en el cerebro de Lennie. -¿Por qué diablos gritas? -preguntó despaciosamente George.

Lennie se puso de rodillas.

-¿No me vas a dejar, George, verdad? Yo sé que no me vas a dejar.

George se acercó con tiesos pasos y se sentó junto a él.

-No.

-Ya lo sabía. Tú no eres capaz de eso. George guardó silencio.

-George -llamó Lennie.

-¿Sí?

Librodot

-Otra vez me he portado mal.

-No importa -dijo George, y volvió a quedar en silencio.

Sólo las cimas más altas estaban ahora al sol. La sombra era azul y suave en el valle. Desde la distancia llegó el rumor de hombres que se gritaban el uno al otro. George volvió la cabeza y escuchó los gritos.

-George -volvió a llamar Lennie.

-¿Sí?

-¿No me vas a retar?

-¿A retarte?

-Seguro, como has hecho siempre. Así: "Si no te tuviera conmigo cobraría mis cincuenta dólares...".

-¡Jesucristo, Lennie! No te acuerdas de nada de lo que sucede, pero jamás te olvidas de una palabra que digo yo.

-Bueno, ¿no lo vas a decir?

George se sacudió. Luego dijo opacamente:

-Si estuviera solo podría vivir tan bien... -Su voz era monótona.- Podría conseguirme un empleo y no pasar apuros.

-Se detuvo aquí.

-Sigue -pidió Lennie-. Y cuando llega fin de mes... -Y cuando llega fin de mes podría cobrar mis cincuenta dólares y gastármelos en... un burdel... -Se detuvo otra vez.

Lennie lo miró ansiosamente.

-Sigue, George. ¿No me vas a retar más?

-No -afirmó George.

-Bueno, yo podría irme. Podría irme ahora mismo a las montañas y buscar una cueva, si no me quisieras tener contigo.

George se sacudió otra vez.

-No. Quiero que te quedes conmigo. Lennie dijo mañosamente: -Háblame como antes.

-¿Qué quieres que te diga?

-Habla de los otros hombres y de nosotros.

-Los hombres como nosotros -empezó George- no tienen familia. Ganan un poco de dinero y lo gastan. No tienen en el mundo nadie a quien le importe un bledo de ellos...

-Pero nosotros no -gritó Lennie con felicidad-. Habla de nosotros, ahora.

George quedó callado un momento.

-Pero nosotros no -repitió.

-Porque...

-Porque yo te tengo a ti y...

-Y yo te tengo a ti. Nos tenemos uno al otro por eso, y hay alguien a quien le importa un bledo de nosotros -exclamó Lennie triunfalmente.

La escasa brisa del atardecer sopló sobre el claro y las hojas susurraron y las olitas surcaron la verde laguna. Y los gritos de los hombres resonaron nuevamente, esta vez mucho más cerca que antes.

George se quitó el sombrero. Dijo, con voz quebrada:

-Quítate el sombrero, Lennie. Este aire está muy lindo. Lennie se quitó debidamente el sombrero y lo dejó en la tierra, frente a sí. Más azul estaba ahora la sombra en el valle, y la noche se acercaba velozmente. Llevado por el viento llegó sonido de pisadas en los matorrales.

-Dime cómo vamos a vivir -pidió Lennie.

George había estado escuchando los distantes sonidos. Por un momento atendió a su quehacer.

-Mira al otro lado del río, Lennie, y yo te hablaré, de manera que casi puedas ver lo que te cuento.

Lennie volvió la cabeza y miró a través de la laguna y hacia las laderas de las montañas Gabilán, oscurecidas ya.

-Vamos a comprar un campito -reinició George. Metió la mano en un bolsillo lateral y sacó la Luger de Carlson: quitó de un golpe el seguro, y luego mano y arma descansaron en tierra detrás de la espalda de Lennie. Miró la nuca de Lennie, en el sitio donde se juntaban la columna vertebral y el cráneo.

Una voz de hombre llamó desde lejos, río arriba, y otro hombre respondió.

-Sigue -rogó Lennie.

George alzó la pistola y su mano tembló, y otra vez dejó caer la mano al suelo.

-Sigue -insistió Lennie-. Dime cómo va a ser. Vamos a comprar un campito.

-Tendremos una vaca -reanudó George-. Y tal vez podamos tener un cerdo y gallinas y tendremos un cuadro sembrado... un poco de alfalfa...

-Para los conejos -gritó Lennie.

-Para los conejos -repitió George.

-Y yo tengo que cuidar los conejos.

-Y tú tienes que cuidar los conejos. Lennie rió de felicidad.

-Y viviremos como príncipes.

-Sí.

Lennie volvió la cabeza.

-No, Lennie. Mira allá lejos, al otro lado del río, para que puedas ver casi el campito.

Lennie le obedeció. George bajó la mirada hacia la pistola.

Se oyeron ahora pisadas que aplastaban ramas en el matorral. George se volvió y miró en esa dirección.

-Vamos, George. ¿Cuándo lo vamos a comprar?

-Pronto.

-Yo y tú.

-Tú... y yo. Todos van a ser buenos contigo. No va a haber más líos. Nadie va a hacer daño a los demás ni a robarles.

-Creí que estabas enojado conmigo, George.

-No. No, Lennie. No estoy enojado. Nunca me enojé, y menos ahora. Quiero que sepas eso.

Se acercaron las voces. George alzó la pistola y escuchó las voces.

-Vamos ahora -pidió Lennie-. Vayamos ahora a ese campito.

-Claro, ahora mismo. Lo tengo que hacer. Lo tenemos que hacer.

Y George elevó la pistola y la afirmó, y puso la boca del caño cerca de la nuca de Lennie. La mano tembló violentamente, pero se endureció la cara y la mano se calmó. Apretó el gatillo. El estampido del disparo rodó laderas arriba y regresó laderas abajo. Lennie se sacudió, y luego fue cayendo lentamente hacia adelante hasta la arena, y yació sin estremecerse.

George tuvo un temblor y miró el arma, y luego la arrojó lejos de sí, cerca de la orilla, junto a la pilada de cenizas viejas.

El matorral pareció llenarse de gritos y del sonido de pies en carrera. La voz de Slim llamó:

Librodot

-George. Dónde está, George?

Pero George se sentó endurecido en la orilla del agua y miró su mano derecha, la mano que había arrojado el arma a lo lejos. El grupo irrumpió en el claro, y Curley estaba al frente. Vio a Lennie tendido en la arena.

-Lo mató, por Dios. -Se acercó y miró a Lennie allí tendido, y luego volvió la vista hacia George- Bien en la nuca -dijo suavemente.

Slim se acercó directamente a George y se sentó a su lado, se sentó muy cerca.

-No importa, no se aflija -lo consoló Slim-. A veces el hombre tiene que hacer así.

Pero Carlson estaba de pie junto a George.

-¿Cómo lo hizo? -preguntó.

-Lo hice, nada más -repuso George fatigosamente.

-¿Tenía él mi pistola?

-Sí. La tenía él.

-¿Y usted se la quitó y lo mató con ella?

-Sí. Así fue. -Era casi un murmullo la voz de. George. Miraba aún, fijamente, su mano derecha, la mano que había empuñado la pistola.

Slim dio un tirón del codo a George.

-Vamos, George. Usted y yo vamos a echar un trago. George dejó que lo ayudara a ponerse de pie.

-Sí, un trago.

-Tenía que hacerlo, George -dijo Slim-. Juro que tenía que hacerlo. Venga conmigo.

Condujo a George hasta la entrada del sendero y por él hacia la carretera.

Curley y Carlson los siguieron con la vista. Y Carlson comentó:

-Ahora, ¿qué diablos les pasa a esos dos?